

Colección dirigida por

ANTONIO VILANOVA

UMBERTO ECO
THOMAS A. SEBEOK

EL SIGNO DE LOS TRES

EDITORIAL LUMEN

CAPITULO I

Thomas A. Sebeok

ONE, TWO, THREE... LIBERTY
(A MODO DE INTRODUCCION)

No es un disparate afirmar que, mientras todos los cono- cedores de Peirce como mínimo han hojeado las crónicas de Sherlock Holmes escritas por Arthur Conan Doyle, la gran mayoría de aficionados a Holmes no han oído siquiera ha- blar de Peirce. Una pregunta que se han hecho, de modo ex- plicito o implícito, casi todos los colaboradores del presente volumen es si la confrontación entre el gran polígrafo nor- teamericano y el famoso detective inglés —el primero una per- sona real, poseedor, además, según señaló William James en 1895, de «un nombre de misteriosa grandeza», y el segundo una figura mítica, por supuesto, pero que según ha observa- do Leslie Fiedler, «jamás morirá»— es susceptible de produ- cir *an esperable uberty*. *An esperable uberty*? La intuición etimológica nos dice que *esperable*, palabra inventada —tal vez por el propio Peirce, y que no aparece en los modernos diccionarios ingleses—, significa algo relativo a esperar, de- sear. *Uberty*, vocablo casi desaparecido en el inglés moder- no, fue documentado por primera vez en 1412, en una oscura obra de John Lydgate, el «Monje de Bury», titulada *Two Mer- chants*. Es equivalente a «capacidad fructífera, fecundidad, fertilidad, feracidad, abundancia», o, aproximadamente, a lo que los italianos suelen llamar *ubertà* (cualidad de ubérrimo).

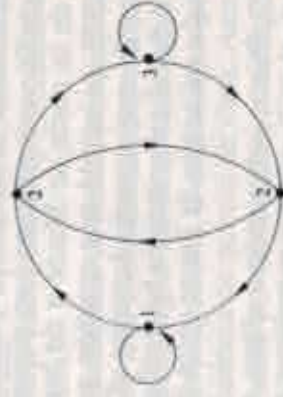
En una larga carta a Frederick Adams Wood, doctor en medicina, profesor de biología en el MIT, escrita a principios del otoño de 1913, Peirce explicaba que uno de los obje- tivos fundamentales de la lógica debería ser extraer toda la posible y *esperable uberty*, o «valor de productividad», de los tres tipos canónicos de razonamiento, a saber: deducción, in-

ducción y abducción (este último término denominado alter-nativamente retroducción o inferencia hipotética). La *uberty*, es decir, la feracidad de este último tipo de razonamiento, según Peirce, aumenta a medida que su seguridad, o aproximación a la certidumbre, disminuye. Peirce mismo detalla las diferencias entre los tres tipos que dice haber reconocido «siempre» (desde 1860): en primer lugar, la *deducción*, «que depende de nuestra confianza en la habilidad de analizar el significado de los signos con los que, o por medio de los que, pensamos»; en segundo lugar, la *inducción*, «que depende de nuestra confianza en que el curso de un tipo de experiencia no se modifique o cese, sin alguna indicación previa al cese»; y, en tercer lugar, la *abducción*, «que depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá un tipo determinado de fenómeno» (8.384-388). En este progreso desde la primeridad, a través de la segunda y hasta la terceridad, la relación entre seguridad y *uberty* es de tipo inverso, lo que significa, dicho de manera simple, que en la medida en que decrece la certeza de una conjetura, aumenta proporcionalmente su valor heurístico.

«Números mágicos y sonidos persuasivos», para decirlo en la mesurada expresión de Congreve, en especial el tres y los números divisibles por tres, obsesionaron a algunos de los victorianos más brillantes, y persiguen todavía a algunos de nosotros. Es, sin duda, una excentricidad extrañamente obsesiva, compartida, entre otros, por Nikola Tesla (1856-1943), el servicio que puso gran parte de los cimientos de la civilización electrificada del siglo veinte. Cuando Tesla paseaba alrededor del edificio donde se encontraba su laboratorio, sentía la necesidad de darle la vuelta tres veces; y cuando cenaba en el Waldorf-Astoria, utilizaba 18 (es decir, $(3 + 3) \times 3$) immaculadas servilletas de lino para eliminar los gérmenes, imaginarios o no, del reluciente servicio de mesa de plata y cristal. El estilo de pensamiento numerológico ha sido aplicado desde antiguo —por lo menos desde Pitágoras— en los campos de la categorización y la catalogación. Pietro Bonogio, en su *De numerorum mysteria* (1618), y, antes que él, Cornelius Agrippa, en su *De occulta philosophia* (escrita en 1510, y publicada en 1531), persiguieron la magia de las triadas con determinación maníaca, comenzando por el más alto signifi-

cado del tres, a saber, el nombre de Dios, de tres letras, en su propia lengua, el hebreo, pasado por la Trinidad cristiana de Padre, Hijo y Espíritu Santo, hasta triplicidades difundidas en todos los aspectos imaginables del esquema del mundo de aquel tiempo (hechizo que perdura aún hoy en los signos zodiacales de las Casas que se utilizan para elaborar los horóscopos; Butler 1970:68).

Conan Doyle incorporó números en ocho títulos de sus historias de Holmes. El ordinal de dos y los cardinales cuatro, cinco y seis aparecen cada uno una sola vez: *La segunda mancha*, *El signo de [los] cuatro*, *Las cinco semillas de naranja*, *Los seis Napoleones*. El tres es mencionado no menos de tres veces o, si forzamos un principio oculto, cuatro: *Los tres gabletes*, *Los tres Garrideb*, *Los tres estudiantes*, y quizás *El tres-cuartos desaparecido*. Además el Chevalier C. Auguste Dupin, aquel «tipo tan inferior», es el personaje central de tres (de entre cuatro, o cinco, si se cuenta entre ellos «Tú eres el hombre») de los cuentos del triptico detectivesco que escribió Edgar Allan Poe: *Los crímenes de la calle Morgue*, *El misterio de Marie Rogêt* y *La carta robada*, que Jacques Derrida (1975) ha denominado con el mote de «La triología de Dupin», y que Jacques Lacan ha interpretado (1966:11-61) como una serie de estructuras psicoanalíticas repetidas de «*trois temps, ordonnant trois regards, supportés par trois sujets...*», que constituyen un trazado como éste (p. 48):



En efecto, tal como señala Derrida (p. 108): «*Les locutions 'trio', 'triangles', 'triangle intersubjectif' surviennent très fréquemment...*», en una *Wiederholungs-*wag** reticular. (Recuérdese que Dupin vivía en el número 33 de la Rue Dunôt, «*au troisième*», en el Faubourg St. Germain.) (Sobre «Po-

ética», de acuerdo con Lacan y Derrida, véase además Johnson 1980, cap. 7).

El estudio de Butler (1970:94) señala que, en la historia intelectual de Occidente, «el pensamiento numerológico fue utilizado para fines ampliamente filosóficos, cosmológicos y teológicos». Es conocida la afición de Peirce a introducir análisis y clasificaciones tricotómicas, afición de la que él mismo era muy consciente y en defensa de la cual publicó, en 1910, esta engañosa apología:

Respuesta del autor a la sospecha anticipada de que atribuye una importancia supersticiosa o imaginaria al número tres y de que violenta las divisiones para hacerlas caer en ese lecho de Procusto que es la tricotomía.

Admito, sin ambages, que existe una manía no poco común por las tricotomías. No sé si los psiquiatras le han dado un nombre. Si no lo han hecho, deberían hacerlo..., podrían llamarla *tricotomanía*. No estoy tan afectado por ella: pero me veo obligado, por amor a la verdad, a hacer un número tan elevado de tricotomías que no me extrañaría que mis lectores, en particular aquellos que están dándose cuenta de lo común de la enfermedad, sospecharan, o llegaran a ser de la opinión, que soy víctima de ella. ... No tengo ninguna predilección especial por las tricotomías en general. (1.568-569)

A pesar del desmentido, es curioso recordar aquí que una parte importante de la carrera de Peirce al servicio del *Coast and Geodetic Survey* transcurrió en misiones de triangulación a lo largo de la costa de Maine y de los estados del Golfo, y que, en 1979, se instaló una estación geodésica de triangulación, llamada muy apropiadamente «C.S. Peirce Station», en recuerdo de tal circunstancia biográfica, en el patio delantero de Arisbe (el hogar de Peirce cerca de Milford, Pennsylvania).

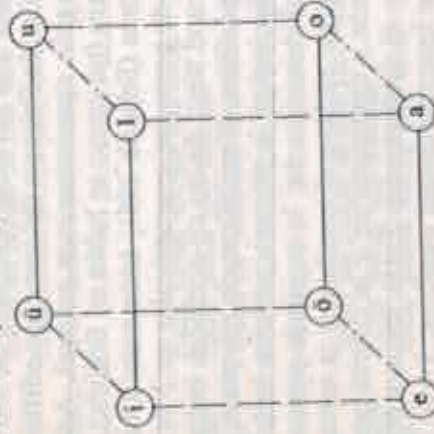
En 1857, Peirce —siguiendo a «Kant, el rey del pensamiento moderno» (1.369), para no mencionar a Hegel y su tesis/antítesis/síntesis (cf., en general, la carta de Peirce a Lady Welby, del 12 de octubre de 1904, reproducida en Hardwick [1977: 22-36], que contiene una amplia exposición de las tres categorías universales, con referencias específicas tanto a Kant como a Hegel), y el trío de los tres «impulsos» de Schiller (Sebeok 1981, cap. I)—, con el propósito genuinamente filo-

sófico de alcanzar universalidad y de comprender el mundo, se encontraba ya profundamente inmerso en el convencionalismo de las clasificaciones a base de tres. La más fundamental de tales categorías triádicas ontológicas fue la del sistema pronominal de *Ello (It)*, el mundo material de los sentidos, el objeto último de la cosmología; *Tú (Thou)*, el mundo de la mente, objeto de la psicología y de la neurología; y *Yo (I)*, el mundo abstracto, incumbencia de la teología. Estas distinciones básicas, familiares a los estudiosos de Peirce, suelen denominarse por lo general, en orden inverso, Primeridad, Segundidad y Terceridad, las cuales a su vez producen una lista tremendamente larga de otras triadas interrelacionadas, de las que las más conocidas comprenden Signo, Objeto, Interpretante; Icono, Índice, Símbolo; Cualidad, Reacción y Representación; y, claro está, Abducción, Inducción y Deducción. Algunas de ellas se discuten y muchas se exponen, en el Apéndice I del excelente estudio de Esposito (1980; cf. Peirce 1982: xxvii-xxx) sobre el desarrollo de la teoría de las categorías de Peirce, aunque estas cuestiones son tan complejas que requieren una consideración ulterior. Por ejemplo, concuerda con los puntos de vista actuales de la teoría cosmológica del *Big Bang* la afirmación de Peirce de que «la Mente es lo Primero, la Materia es lo Segundo, la Evolución es lo Tercero» (6.32), que en líneas generales corresponde a otros tantos modos de ser: posibilidad, realidad y ley (1.23).

No podemos decir esencialmente nada acerca de la existencia del Universo antes de hace veinte mil millones de años, salvo que, en el instante de su inicio como singularidad —equivalente a la Primeridad de Peirce—, cuando dos puntos cualesquiera del universo observable se encontraban arbitrariamente juntos, y la densidad de la materia era infinita, acabamos de dejar atrás la posibilidad y nos hallábamos ya en el reino de la realidad (alias Segundidad). En la milésima de segundo inicial, el Universo se llenó de quarks primordiales. Estas partículas fundamentales, material de construcción básico del que están constituidas todas las partículas elementales, pueden comprenderse mejor como signos, por cuanto, como nos dice la física de nuestros días: «Los quarks no se han visto nunca... La mayoría de los físicos de hoy creen que los quarks no se verán jamás...» (Pagels 1928:231). A medida

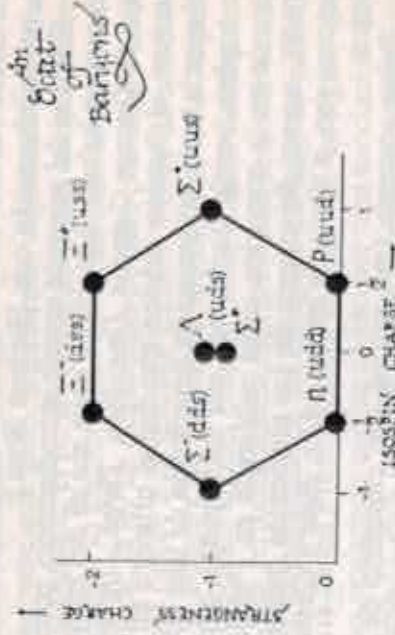
que proseguía la expansión del Universo, las temperaturas descendieron hasta unos 12^7 K, la sencilla ley natural que prevalecía en la infancia de este Cosmos se desdobló en las tres interacciones conocidas hoy como gravitación, fuerza electrodébil y fuerza fuerte (hadrónica) que mantiene unidas las partículas del núcleo del átomo. La evolución —Terceridad— de estas tres fuerzas en una sola estructura matemática, como promete la Teoría de la Gran Unificación, señala la aparición de la «ley» de Peirce, que podría explicar la primacía universal de la materia sobre la antimateria, así como proporcionar la solución del llamado problema del horizonte (es decir, de la homogeneidad del Universo) y del problema de la curvatura (concerniente a su densidad de masa).

La base del Universo está compuesta por un océano de simples signos, o, si se prefiere, de trucos matemáticos. Los quarks, que el Premio Nobel Murray Gell-Mann, junto con Yuval Ne'eman, han tratado bajo la etiqueta de «la óctuple vía», constituyen una familia hadrónica de octetos, ordenados en una matriz de características distintivas, construida con tres tipos de quarks que aparecen como «sabores», y que están regidos por una simetría postulada que, para un semiólogo, se parece mucho al sistema cúbico que forman las vocales turcas de Lotz (1962:13):



Este esquema representa ocho fonemas en términos de tres oposiciones binarias absolutas. De manera similar, los quarks superiores, inferiores y «extraños» se indican por u , d y s , res-

pectivamente (y lo mismo en cuanto a los antiquarks \bar{u} , \bar{d} y \bar{s}), con reglas muy sencillas para la construcción de los hadrones a partir de los quarks. La clasificación de octuple vía de los hadrones para obtener un octeto aparecería como la figura que sigue:



De *The Cosmic Code: Quantum Physics as the Language of Nature*. Copyright © 1982 by Heinz R. Pagels. Con permiso de Simon & Schuster, filial de la Gulf & Western Corporation.

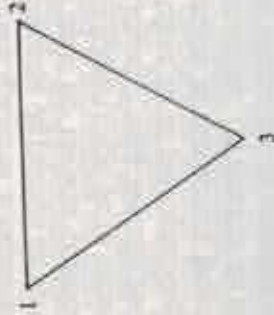
En materia de religión, Peirce se convirtió pronto del unitarismo al trinitarismo, aunque sin salirse del marco del episcopalismo. Cierta vez escribió: «Un Signo es el mediador entre su Objeto y su Significado... Objeto el padre, signo la madre del significado», acerca de lo cual Fisch comentó con agudeza: «...podría haber añadido, de su hijo, el Interpretante» (Peirce 1982:xxxii).

La radical triadidad de Freud, bosquejada hace poco por Larsen (1980) en una comparación específica con la de Peirce, debería alentar, según ha observado también Fisch (1982: 128), a otros investigadores a explorar en profundidad esta aparente coincidencia de puntos de vista. Aunque lo más probable es que Freud no tuviera conocimiento del *Yo*, *Ello* y *Tú* de Peirce, su tripartición de la mente en *Ego*, *Id* y *Superego* (cf. en particular Freud 1961:19-39) —que constituyen los conceptos clave de la psicopatología— recuerda con notable aproximación la estructura generativa que Peirce postuló para la semiótica. La noción de *Superego*, por ejemplo, emerge como la última de las grandes representaciones fundamen-

tales a partir de las dos categorías anteriores de represión primaria y secundaria. (A propósito, Freud coincide con Sherlock Holmes sólo en una novela, urdida por Nicholas Meyer, *The Seven Percent Solution*, y en su versión cinematográfica, en colaboración con Herbert Ross.)

El título del presente ensayo introductorio, como muchos lectores ya habrán advertido, hace eco al del influyente trabajo de George Gamow, *One, Two, Three... Infinity* (1947). Gamow, el famoso teórico que fue el primero en sugerir la existencia en la información hereditaria de una codificación en triplete, sentía fascinación por los tripletes, como se hace patente en la conocida carta publicada en *Physical Review* (1948), acerca del origen de los elementos químicos, cuyos autores son, a título de broma, *Alfa, Beta y Gamow*, en este orden.

Peirce sostenía (con razón) —al contrario de la opinión convencional, y de como aparece codificado en la terminología de las gramáticas occidentales— que los nombres son sustitutos de los pronombres, y no viceversa. Algunas de las implicaciones lingüísticas de la triada fundamental de Peirce requieren el tipo de atención experta que intentó el fallecido John Lotz (1976) en su análisis estructural de esta clase gramatical. En su artículo, de difícil accesibilidad, publicado por primera vez en húngaro, en 1967, Lotz demostraba que entre los tres pronombres no-agregados en cuestión prevalecen, de hecho, siete posibilidades muy diversas lógicamente, de las cuales, sin embargo, sólo una es viable en la lengua estudiada por él. Una relación es triangular:



Tres relaciones forman estructuras denominadas en T:



Y otras tres relaciones son lineales:



Posteriormente (1978), Ingram examinó las características tipológicas y universales de los pronombres personales en general, y afirmó la existencia (según 71 lenguas naturales) de sistemas que abarcaban de 4 a 15 personas, si a las formas simples se unían las agregadas. Según Ingram, lo que él llama el sistema inglés de cinco personas es «altamente atípico» (*ibid.* 215), lo cual, de ser cierto, parecería, a primera vista, requerir una revisión completa de los tres conceptos fundamentales de Peirce y del inmenso edificio construido sobre ese triángulo aparentemente natural. Así, en la morfología del aymará (tal como se habla en Bolivia), estudiado por uno de nosotros (Sebeok 1951) hace unos treinta años, se fijó el número de personas gramaticales en 3×3 , cada una de las cuales era el nexo de las co-acciones entre un par de interlocutores posibles. Simplificando un poco, pueden ocurrir las formas siguientes: la primera persona incluye el remitente pero excluye el destinatario; la segunda persona incluye el destinatario pero excluye el remitente; la tercera persona excluye a remitente y destinatario; y la cuarta persona incluye el remitente y el destinatario. Estas formas producen nueve categorías de interrelaciones posibles: 1-2, 1-3, 2-1, 2-3, 3-1, 3-2, 3-3, 3-4 y 4-3. Imposible imaginar lo que podría haber sido la metafísica de Peirce si su idioma natal hubiera sido el jaqi, estrambótico *Gedankenexperiment* para todo el que crea en el principio de la relatividad lingüística,

o en lo que el lingüista sueco, Esaias Tegnér, denominó, en 1880, *språkets makt över tanken*, es decir, «el poder del lenguaje sobre el pensamiento».

Por supuesto, para Peirce, cada una de las tres personas elementales asumía la esencia de una de las otras dos según cambiaba el contexto. Lo que explicaba él mismo en el manuscrito 917: «Aunque no pueden ser expresadas la una en términos de la otra, tienen sin embargo una relación entre sí, ya que TU es un ELLO en que hay otro YO. YO se asoma hacia el interior, ELLO se asoma hacia el exterior, TU vincula.» (Otro tema de interés para el lingüista, pero que aquí mencionamos sólo de paso, se refiere a la incómoda y oblicua asociación entre el principio diádico de Jakobson, o binarismo [cf. Jakobson y Waugh 1979:20], contra las tesis *a priori* de Peirce sobre la indescomponibilidad de las relaciones triádicas, a saber, que la trisección de cualquier campo del discurso es inevitablemente exhaustiva, y produce de manera invariable una trinidad de clases que se excluyen mutuamente.)

Resumamos y concretemos lo dicho mediante el famoso saco de judías de Peirce de 1878 (2.623):

	Deducción
<i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.
<i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.
∴ <i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.
	Inducción
<i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.
<i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.
∴ <i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.
	Abducción
<i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.
<i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.
∴ <i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.

Es importante repetir que estas tres figuras son irreductibles. «Por tanto, está probado que cada figura comprende el principio de la primera figura, mientras que la segunda y la tercera contienen además otros principios» (2.807). En resu-

men, una abducción nos permite formular una predicción general, pero sin garantía alguna de éxito en el resultado; además, la abducción como método de pronóstico ofrece «la única esperanza posible de regular nuestro futuro comportamiento de manera racional» (2.270).

Obsérvese que todo Argumento, expresado, por ejemplo, como Silogismo, es en sí mismo un signo, «cuyo interpretante representa su objeto como un signo ulterior a través de una ley, es decir, la ley de que el paso de tales premisas a tales conclusiones tiende a la verdad» (2.263). Peirce da a todo Argumento el nombre de Legisigno Simbólico. Todo Argumento está compuesto de tres proposiciones: Caso, Resultado y Regla, en tres permutaciones, que producen respectivamente las tres figuras expuestas en los ejemplos del saco de judías. Pero cada una de las Proposiciones es, a su vez, un signo, es decir, un signo «enlazado con su objeto por una asociación de ideas generales» (2.262), un Símbolo Dicente que es necesariamente un Legisigno.

Puesto que tanto el objeto como el interpretante de cualquier signo son forzosamente también signos, no es de sorprender que Peirce afirmara «que todo este universo está sembrado de signos», y se preguntara «si no estará compuesto exclusivamente de signos» (cf. Sebeok 1977, *passim*). Incluso la alusión de Fisch a la constelación triádica familiar, implícita en Peirce, de padre, madre e hijo —con sutiles resonancias de los versos de Milton «The Childhood shows the man./As morning shows the day», y de Wordsworth «The Child is father of the Man»—, ha encontrado fundamento en la ciencia de la vida, según la sofisticada explicación de Thom de la génesis de los signos: «Dans l'interaction 'Signifié-Signifiant' il est clair qu'entraîné par le flux universel, le Signifié émet, engendre le Signifiant en un buissonnement ramifié ininterrompu. Mais le Signifiant réengendre le Signifié, chaque fois que nous interprétons le signe. Et comme le montre l'exemple des formes biologiques, le Signifiant (le descendant) peut redevenir le Signifié (le parent), il suffit pour cela du laps de temps d'une génération» (1980:264; Sebeok 1979:124).

Peirce, en un pasaje muy discutido, responde a la pregunta «¿Qué es el hombre?» categorizándolo como un Símbolo

(7.583). En cuanto al Universo, lo consideraba como un Argumento. En una conmovedora y memorable serie de conferencias, pronunciadas en la primavera de 1903, Peirce avanzó la opinión de que la realidad de la Terceridad «es operante en la Naturaleza» (5.93), concluyendo lo siguiente: «El Universo como argumento es necesariamente una obra de arte maestra, un gran poema —puesto que todo buen argumento es un poema y una sinfonía— como todo poema verdadero es un sólido argumento... El efecto total está más allá de nuestra comprensión; pero podemos apreciar, en cierta medida, la Cualidad resultante de las partes del todo, Cualidades que son el resultado de la combinación de las Cualidades elementales que pertenecen a las premisas» (5.119). Peirce continuó, en la siguiente conferencia, con una «serie de afirmaciones que parecerán disparatadas», y una orgía de triparticiones adicionales, asombrosas por su alcance, pero reconocidas como tales por William James (1907:5): «destellos de luz deslumbrante sobre un fondo de oscuridad tenebrosa».

Con ocasión del centenario de Poe, en el año 1911, Sir Arthur Conan Doyle presidió una cena conmemorativa celebrada en Londres. Fue él quien transmitió a Sherlock Holmes, entre otras facetas de las cualidades de Dupin, la astuta habilidad, la hechizante ilusión semiótica de descifrar y descubrir los pensamientos más profundamente íntimos de los demás mediante la reencarnación de sus mudos diálogos interiores en signos verbales. Doyle preguntó: «¿Dónde estaba la narración detectivesca antes de que Poe le insuflara el aliento de la vida?» (Simons 1978:170). En 1908, Peirce, refiriéndose a una observación de Poe en «Los crímenes de la calle Morgue» («Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* de sus características...»), dijo que «los problemas que a primera vista parecen totalmente insolubles llevan, por esa misma circunstancia... las claves de su solución» (6.460; véase también el Cap. II de este libro). ¿Dónde estaban la lógica y la física —nos atrevemos a preguntar nosotros— antes de que Peirce les infundiera la ley de la libertad, que él llamó, en expresión ubérrima, «the Play of Muscment», el libre juego del pensamiento?

CAPITULO II

Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok

«YA CONOCE USTED MI METODO»:
UNA CONFRONTACION ENTRE CHARLES S. PEIRCE
Y SHERLOCK HOLMES¹

«Jamás pretendo adivinar.»

— Sherlock Holmes en *El signo de los cuatro*

Pero debemos conquistar la verdad adivinándolo, o de ningún modo.

— Charles S. Peirce, Ms. 692²

I. C.S. Peirce - *Detective asesor*³

El viernes 20 de junio de 1879, Charles S. Peirce embarcó en Boston, en el vapor *Bristol* de la Fall River Line, rumbo a Nueva York, donde iba a pronunciar una conferencia el día siguiente. A su llegada a Nueva York, por la mañana, experimentó lo que describe como «una extraña sensación de confusión» en la cabeza, que atribuyó al aire enrarecido del camarote. Se vistió de prisa y abandonó el buque. Con las prisas por salir al aire libre, se dejó olvidado el abrigo y un valioso reloj Tiffany de áncora, que le había facilitado el gobierno norteamericano para su trabajo en la Coast Survey. Al darse cuenta de ello, al poco rato, Peirce regresó a toda prisa al barco, donde se encontró con que los dos objetos habían desaparecido, ante lo cual, y enfrentado a lo que a su parecer sería «la deshonra profesional de su vida» si no conseguía devolver el reloj en las mismas condiciones perfectas en que lo había recibido, nos cuenta que, después de «haber hecho que se reunieran y se pusieran en fila todos los camareros de color, sin importar a qué cubierta pertenecían...»

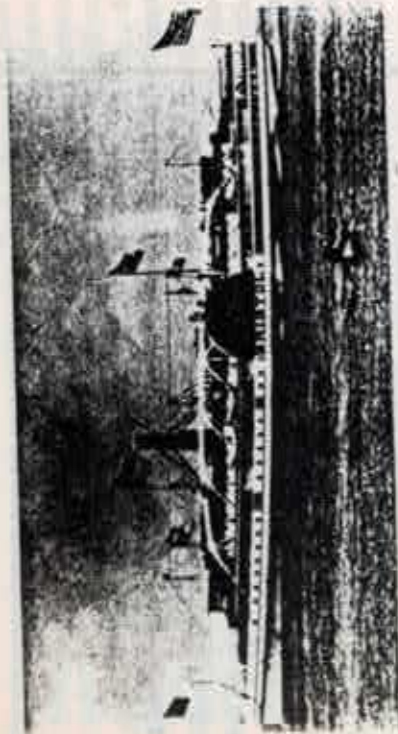


Fig. 1. El Broró (Fall River Line). De Hilton 1968:28. Reproducido con permiso de Howell-North Books.

Fui de un extremo a otro de la fila, y, del modo más *déjàgé* que pude, charlé un poco con cada uno de ellos sobre cualquier cosa en la que el pudiera mostrar cierto interés, pero que a mí menos me importara, con la esperanza de parecer tan tonto que pudiera detectar algún síntoma en el ladrón. Recorrí toda la fila, me volví y di unos pasos, aunque sin alejarme, y me dije: «No tengo ni el menor destello de luz por el que guiarme.» A lo cual, sin embargo, mi otro yo (puesto que nuestras relaciones son siempre a base de diálogos) me dijo: «No tienes más que apuntar al hombre con el dedo. No importa que carezcas de motivo, tienes que decir quién te parece que es el ladrón.» Di un pequeño rodeo en mi paseo, que no había durado más de un minuto, y cuando me volví hacia ellos, toda sombra de duda había desaparecido. No había autocrítica. Nada de eso venía a cuento. (Peirce 1929:271)

Llevó al sospechoso aparte, pero Peirce no logró convencerle, ni con razonamientos ni con amenazas, ni con la promesa de cincuenta dólares, de que le devolviera las cosas. Entonces «bajé corriendo al muelle y me hice llevar, con la mayor rapidez de que fue capaz el coche, a la agencia Pinkerton». Le dirigieron a un tal señor Bangs, jefe de la rama neoyorquina de la famosa agencia de detectives, con quien tuvo la siguiente entrevista:

«Señor Bangs, un negro del barco de la Fall River, que se llama fulano de tal (dígale el nombre) me ha robado el reloj, la cadena y un abrigo



Fig. 2. Charles S. Peirce. (De la National Academy of Sciences, fotografía tomada presumiblemente al poco tiempo de la elección de Peirce como miembro de la institución, en 1877.)

de entretiem po. El reloj es un Charles Frodsham y este es su número. El individuo bajará del barco a una del mediodía, y de inmediato irá a empeñar el reloj, por el que obtendrá cincuenta dólares. Mi deseo es que le sigan y que, en cuanto tenga en su poder la papeleta de empeño, lo hagan detener.» El señor Bangs dijo: «¿Qué le hace pensar que le ha robado el reloj?» «¡Vaya», dije yo, «no tengo ninguna razón para pensarlo; pero estoy completamente seguro de que es así. Ahora bien, si no fuera a una casa de empeños a deshacerse del reloj, como estoy seguro de que hará, el asunto terminaría aquí, y usted no necesitaría tomar ninguna medida. Pero yo sé que irá. Le he dado el número del reloj, y le dejo mi tarjeta. No se arriesga a nada deteniéndolo». (1929:273)

Un hombre de la Pinkerton fue encargado del caso, pero se le dieron instrucciones de «obrar según sus propias deducciones», y de no hacer caso de las suposiciones de Peirce sobre quién era el culpable. El detective, después de investigar



Fig. 3. George H. Bangs, director general de la Pinkerton's National Detective Agency, 1865-1881. De Horan 1967:28. Reproducido con permiso de Pinkerton's, Inc.

los antecedentes de todos los camareros de la Fall River, se puso a seguir a un individuo que no era el sospechoso de Peirce, y la pista resultó falsa.

Cuando el detective llegó así a un punto muerto en su investigación, Peirce fue de nuevo a ver al señor Bangs, quien le aconsejó que enviara una tarjeta postal a todas las casas de empeño de Fall River, Nueva York y Boston, ofreciendo una recompensa por la recuperación del reloj. Las postales fueron enviadas por correo el 23 de junio. Al día siguiente, Peirce y el agente de Pinkerton recuperaron el reloj de manos de un abogado neoyorquino, el cual les indicó qué casa de empeños había respondido a la oferta de recompensa. El mismo propietario de la casa le «describió la persona que había empeñado el reloj de una manera tan gráfica que no cupo

PAWNBROKERS!

Please Stop if Offered, or Notify if Received.

Plain Gold Hunting Case Lever Watch, No. 04555, Charles Frodsham, maker. Stolen from State Room of Fall River Steamboat "Bristol," Saturday, June 21st, 1879.

\$150. will be paid for its recovery.

Send information to

ALLAN PINKERTON,

66 Exchange Place, New York.

June 23, 1879.

Fig. 4. Ejemplar no usado de una postal en que se ofrece una recompensa por la devolución del reloj de Peirce. De los archivos del Coast and Geodetic Survey en los National Archives.

ninguna duda de que se trataba de mi [es decir, de Peirce] hombre». (1929:275).

Peirce y el detective se dirigieron entonces al alojamiento del sospechoso, con la intención de recuperar también la cadena y el abrigo. El detective se mostró remiso a entrar en el edificio sin un mandamiento, ante lo cual Peirce, disgustado por la ineptitud del agente, entró solo, asegurándole que regresaría exactamente en doce minutos con sus cosas. Después narra los acontecimientos que siguieron:

Subí los tres tramos de escalera y llamé a la puerta del apartamento. Vino a abrir una mujer de raza amarilla; detrás de ella había otra del mismo color de piel, sin sombrero. Entré y dije: «Su marido acabará en Sing-Sing por haberme robado el reloj. Me he enterado de que la cadena y el abrigo, que también me robó, están aquí y he venido a recogerlos.» Ante lo cual las dos mujeres armaron un tremendo alboroto y amenazaron con ir a buscar a la policía al momento. No recuerdo con exactitud lo que dije, sólo sé que no perdí la calma⁴ y que les dije que cometerían un error llamando a la policía, porque sólo serviría para empeorar la situación del marido. Dado que sabía el sitio exacto donde se hallaban la cadena y el abrigo, los cogería antes de que llegara la policía... No veía en qué lugar del cuarto po-

día estar la cadena, y pasé a otro del interior. En él había pocos muebles, aparte de una cama de matrimonio y un baúl de madera al otro lado de la cama. Dije: «Mi cadena está en el fondo del baúl, debajo de la ropa; y voy a cogerla...» Me arrodillé y por suerte el baúl no estaba cerrado con llave. Después de echar fuera toda la ropa... di con... la cadena. La sujeté, en el acto, al reloj, y al hacerlo me di cuenta de que la otra mujer (la que no llevaba sombrero) había desaparecido, a pesar del interés que había mostrado por mi conducta. «Ahora», dije, «sólo me falta encontrar el abrigo». La mujer extendió los brazos a derecha e izquierda y dijo: «Le invito a que lo busque por todo el piso.» Yo dije: «Muchas gracias, señora, porque el extraordinario cambio en el tono respecto a cuando abrí el baúl me asegura que el abrigo no está aquí...» Salí, por lo tanto, del piso y entonces vi que en el rellano había otra puerta.

Aunque no lo recuerdo con certeza, creo que es muy probable que estuviera convencido de que la desaparición de la otra mujer estaba relacionada con mi evidente determinación de buscar el abrigo en el piso del que acababa de salir. Lo que es seguro es que había comprendido que la otra mujer no vivía lejos. De modo que, para emprender, llamé a la puerta del otro apartamento. Vinieron a abrir dos muchachas amarillentas o amarillentas. Miré por encima de sus hombros y vi una salita de aspecto bastante respetable con un bonito piano. Pero encima del piano había un paquete atado del tamaño y la forma justas para contener mi abrigo. Dije: «Llamo porque tienen un paquete que es mío; ah, sí, ya lo veo, me lo llevaré.» Entré apañado las amablemente, cogí el paquete, lo deshicé y encontré el abrigo, que me puse en seguida. Bajé a la calle y llegué donde estaba el detective quince segundos antes de que pasaran los doce minutos. (1929:275-277)

El día siguiente, 25 de junio, Peirce escribió al inspector Patterson que «Los dos negros que me robaron el reloj han sido detenidos hoy y aguardan juicio. Todo ha sido recobrado. El ladrón es el individuo del que yo había sospechado todo el tiempo en contra del parecer del detective».⁵

Como Peirce señaló en una carta posterior a su amigo y discípulo William James (1842-1910), filósofo y psicólogo de Harvard, esta historia detectivesca le sirvió de ilustración para su «teoría de por qué la gente adivina correctamente tan a menudo». «Este singular instinto de adivinar» (1929:281), o inclinación a adoptar una hipótesis, que Peirce más comúnmente denomina *abducción*⁶ o *retroducción*, la describe como «una ensalada singular... cuyos ingredientes principa-

les son la falta de fundamento, la ubicuidad y la fiabilidad» (Ms. 692). En cuanto a su ubicuidad, Peirce escribe:

Al mirar por mi ventana esta hermosa mañana de primavera veo una azalea en plena floración. ¡No, no! No es eso lo que veo; aunque sea la única manera en que puedo describir lo que veo. Eso es una proposición, una frase, un hecho; pero lo que yo percibo no es proposición, ni frase, ni hecho, sino sólo una imagen, que hago inteligible en parte por medio de una declaración de hecho. Esta declaración es abstracta; mientras que lo que veo es concreto. Realizo una abducción cada vez que expreso en una frase lo que veo. Lo cierto es que todo el tejido de nuestro conocimiento es un paño de puras hipótesis confirmadas y refinadas por la inducción. No se puede realizar el menor avance en el conocimiento más allá de la fase de la mirada vacua, si no media una abducción en cada paso. (Ms. 692)

Aunque todo nuevo conocimiento dependa de la formulación de una hipótesis, sin embargo «parece, al principio, que no ha lugar a preguntarse qué la fundamenta, puesto que a partir de un hecho real se limita a inferir un *puede que sea* (*puede que sea* y *puede que no sea*). Sin embargo, existe una decidida propensión por el lado afirmativo, y la frecuencia con que la hipótesis resulta corresponder a un hecho real es... la más sorprendente de todas las maravillas del universo» (8.238). Al comparar nuestra capacidad de abducción con «los poderes musicales y aeronáuticos de las aves, es decir, lo que respectivamente en nosotros y en ellas es la expresión más elevada de los poderes puramente instintivos» (1929:282),⁷ Peirce señala que «la retroducción se basa en la confianza de que entre la mente del que razona y la naturaleza existe una afinidad suficiente para que las tentativas de adivinar no sean totalmente vanas, a condición de que todo intento se comprobe por comparación con la observación» (I.II.I).

Un objeto dado presenta una combinación extraordinaria de características de las que nos gustaría tener una explicación. Que exista alguna explicación de ellas es una mera suposición; y, de existir, lo que las explica es algún hecho oculto; mientras que hay, tal vez, un millón de otras maneras posibles de explicarlas, sólo que todas son, desgraciadamente, falsas. En una calle de Nueva York, se descubre un hombre apuñalado por la espalda. El jefe de la policía podría abrir el censo de los habitantes, poner el dedo sobre un nombre cualquiera

y conjeturar que es el del asesino. ¿Qué valor tendría una conjetura semejante? Sin embargo, el número de nombres en una lista así no es nada comparado con la multitud de posibles leyes de atracción que podrían haber justificado la ley del movimiento planetario de Kepler [sic] y que, previamente a la verificación mediante constataciones de perturbaciones, etc., las hubiera explicado perfectamente. Newton, me diréis, supuso que la ley tenía que ser simple. Pero, ¿qué era eso sino amontonar un intento de adivinar sobre otro? Sin duda, en la naturaleza hay muchos más fenómenos complejos que simples... No hay justificación para lo que no sea poner [una abducción] como interrogación. (Ms. 692)

La abducción, es decir, la retroducción («un nombre desafortunado», confesó el propio Peirce), es, según una de las formulaciones posteriores de Peirce, que aparentemente debe mucho al filósofo inglés George Berkeley (1685-1753), un medio de comunicación entre el hombre y su Creador, un «privilegio divino» que debe ser cultivado (Eisele 1976, vol. III: 206). Para Peirce, «según la doctrina de las probabilidades, sería prácticamente imposible a cualquier ser viviente adivinar por pura casualidad la causa de un fenómeno», por lo que se aventura a decir que «no cabe duda razonable de que la mente del hombre, por haberse desarrollado bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, piensa en cierto modo según pautas de la naturaleza» (Peirce 1929:269). «Es evidente», escribe, «que si el hombre no poseyera una luz interior que tendiera a hacer que sus conjeturas fueran... mucho más a menudo ciertas de lo que serían por pura casualidad, la raza humana se hubiera extinguido hace tiempo, por su total incapacidad en la lucha por la existencia...» (Ms. 692).

En adición al principio de que la mente humana tiene, como resultado de un proceso evolutivo natural, una predisposición a conjeturar correctamente acerca del mundo, Peirce propone un segundo principio conjetural con el fin de explicar parcialmente el fenómeno de la adivinación, a saber, que «a menudo extraemos de una observación sólidos indicios de la verdad, sin poder especificar cuáles circunstancias de entre las observadas contenían tales indicios» (1929:282). Volviendo a la historia del reloj robado, Peirce no fue capaz de determinar a nivel consciente cuál de los camareros del bar-
co de la Fall River era el culpable. Al mantenerse «en un es-

tado tan pasivo y receptivo» (1929:281) como le fue posible durante su breve entrevista con cada camarero, sólo cuando se forzó a hacer lo que parecía una conjetura a ciegas advirtió que, en realidad, el ladrón había dado un indicio involuntario y que él había percibido ese signo revelador de un modo «inconsciente», según sus palabras, habiendo realizado «una discriminación por debajo de la superficie de la conciencia, sin haberla reconocido como auténtico juicio, aunque era, en verdad, una discriminación genuina» (1929:280). Los procesos por los que hacemos suposiciones acerca del mundo dependen, en opinión de Peirce, de juicios perceptivos que contienen elementos generales que permiten que de ellos se deduzcan proposiciones universales. Basándose en el trabajo experimental sobre la psicología de la percepción, que realizó en la Universidad Johns Hopkins con el conocido psicólogo Joseph Jastrow (1863-1944), alumno suyo en aquella época (1929:7,21-48), Peirce sostuvo que estos juicios perceptivos son «el resultado de un proceso, aunque de un proceso no suficientemente consciente para ser controlado, o, para decirlo de modo más justo, no controlable y por lo tanto no plenamente consciente» (5.181).³ Los diferentes elementos de una hipótesis están en nuestra mente antes de que seamos conscientes de ello, «pero es la idea de relacionar lo que nunca habíamos soñado relacionar lo que ilumina de repente la nueva sugerencia ante nuestra contemplación» (5.181).

Peirce describe la formación de una hipótesis como «un acto de *insight*», la «sugerencia abductiva» viene a nosotros «como un destello» (5.181). La sola diferencia entre un juicio perceptivo y una inferencia abductiva es que el primero, al contrario de la segunda, no está sujeto a análisis lógico.

La inferencia abductiva se cambia gradualmente en juicio perceptivo⁴ sin que haya una clara línea de demarcación entre ambos; o, en otras palabras, nuestras primeras premisas, los juicios perceptivos, han de considerarse como un caso extremo de inferencias abductivas, de las

* El término inglés *insight* carece de equivalente en castellano, por lo que se lo emplea en original, con frecuencia, en psicoanálisis y psicología. Alude al tipo de certeza intuitiva que el sujeto obtiene de una observación cualquiera. Comparte con la intuición la naturaleza de su proceso, que es instantáneo; y con la visión, el mundo representativo. Se aproxima al valor semántico de «vislumbre», palabra a todas luces imprecisa. Mantenemos, por consiguiente, el término original. (N. del E.)

que difieren por estar absolutamente al margen de toda crítica. (5.181; cf. 6.522, Ms. 316)

La abducción, o «el primer paso del razonamiento científico» (7.218),⁹ y «el único tipo de argumento que da lugar a una idea nueva» (2.97),¹⁰ es un instinto que depende de la percepción inconsciente de conexiones entre diferentes aspectos del mundo, o, para emplear otra serie de términos, una comunicación subliminal de mensajes. Va también asociada con, o más bien produce, según Peirce, cierto tipo de emoción, que la distingue claramente de la inducción y de la deducción:

La hipótesis sustituye el complicado enredo de predicados vinculados a un sujeto por una noción simple. Ahora bien, el acto de pensar que cada uno de los predicados es inherente al sujeto motiva una sensación peculiar. En la inferencia hipotética, el complicado sentimiento que resulta de todo eso es reemplazado por un sentimiento simple de mayor intensidad, el perteneciente al hecho de pensar la conclusión hipotética. Ahora bien, cuando nuestro sistema nervioso es excitado de manera complicada, de modo que existe una relación entre los elementos de la excitación, el resultado es una alteración simple y armoniosa, que denominamos emoción. Así, los diversos sonidos producidos por los instrumentos de una orquesta impresionan el oído, y el resultado es una emoción esencialmente el mismo fenómeno de sonidos en sí. Tal emoción es esencialmente el mismo fenómeno de la inferencia hipotética, y toda inferencia hipotética comprende la producción de una emoción similar. Podemos decir, por consiguiente, que la hipótesis produce el elemento *sensorio* del pensamiento, y la inducción el elemento *habitual*. (2.643)

De ahí la manifestación de confianza y convicción de estar en lo correcto que Peirce hace respecto a su labor de detective.

2. Sherlock Holmes - Semiólogo asesor

La descripción que Peirce nos hace del método que empleó para recuperar el reloj robado se parece de manera sorprendente a las descripciones que el Dr. Watson nos hace de Sherlock Holmes en acción.¹¹ Son frecuentes las alusiones a Holmes como un perro de caza (por ejemplo, en STUD, DANC, BRUC y DEVI). Así en BOSS, Watson escribe:

Sherlock Holmes se transformaba cuando veía un rastro como éste. Las personas que sólo conocían al sosegado pensador y hombre lógico de Baker Street no le hubieran reconocido. Su rostro enrojecía y se ensombrecía. Sus cejas se convertían en dos líneas duras y negras, por debajo de las cuales centelleaban sus ojos con destellos acorados. Inclinaba la cara hacia el suelo, encorbaba los hombros, apretaba los labios, y las venas de su cuello, largo y nervudo, sobresalían como trallas. Las ventanas de su nariz parecían dilatarse con un ansia de caza puramente animal, y su mente se concentraba tan absolutamente en el problema que tenía delante que cualquier pregunta u observación resbalaba en sus oídos, o, a lo sumo, provocaba en respuesta un gruñido rápido e impaciente.

Al referirse a este pasaje, Pierre Nordon comenta: «Vemos aquí a un hombre transformarse repentinamente en un perro de caza ante nuestros ojos, hasta el punto que parece haber perdido la facultad del habla y sólo puede expresarse con sonidos» (1966:217), atento sólo a sus poderes instintivos, no verbales de percepción y abducción.

Precisamente, gracias a la recolección instintiva de indicios, Holmes logra formular sus hipótesis, a pesar de que él se inclina por incluir tanto los procesos perceptivos como los hipotéticos bajo el epígrafe de «Observación», como puede verse en el siguiente pasaje del capítulo titulado «La ciencia de la deducción» en SIGN, donde Holmes y Watson hablan de un detective francés llamado François le Villard:

[Holmes]: — Cuenta con dos de las tres cualidades necesarias al detective ideal. Tiene capacidad de observación y de deducción. Le faltan sólo conocimientos...¹²

[Watson]: — ... Pero ahora mismo habló usted de observación y deducción. Claro que, hasta cierto punto, la una implica la otra.

[Holmes]: — Casi nada... Por ejemplo, la observación me revela que usted estuvo esta mañana en la oficina de Correos de Wigmore Street, pero la deducción me dice que usted, una vez allí, puso un telegrama.

[Watson]: — ¡Exacto!... Pero le confieso que no me explico de qué manera ha llegado usted a ello.

[Holmes]: — Es la sencillez misma... Tan absurdamente sencillo, que resulta superflua toda explicación; y, sin embargo, puede servir para definir los límites de la observación y de la deducción. La observación me hace descubrir que lleva usted adherida al empuñe de su calzador un poco de tierra roja. Justo delante de la oficina de Wig-

more Street han levantado el pavimento y sacado algo de tierra, que está esparcida de manera que es difícil dejar de pisarla al entrar en aquella. La tierra tiene ese singular tono rojizo que, hasta donde alcanzan mis conocimientos, no se encuentra en ningún otro sitio de los alrededores. Hasta ahí es observación. Lo demás es deducción.

[Watson]: — ¿Cómo, pues, ha deducido lo del telegrama?
[Holmes]: — Veámos. Yo sabía que usted no había escrito ninguna carta, puesto que he pasado toda la mañana sentado enfrente de usted. Observo también ahí, en su *pepíte* abierto, que tiene usted una hoja de sellos y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué, pues, podía usted haber ido a Correos sino a enviar un telegrama? Elimine todos los demás factores y el único que queda tiene que ser el verdadero.

Watson somete entonces a Holmes a una prueba todavía más difícil, y, cuando de nuevo el detective la supera, le pide que le explique su proceso de razonamiento. «Ah», replica Holmes, «ha sido buena suerte. Sólo podía decir cual era el saldo de probabilidades. No esperaba ser tan exacto». Y cuando Watson le pregunta entonces si no «había sido un trabajo de mera adivinación», Holmes dice: «No, no; jamás pretendo adivinar. Es una costumbre reprochable, que destruye las facultades lógicas», y atribuye la sorpresa de su compañero al hecho de que «usted no sigue el curso de mi pensamiento, ni observa los hechos pequeños de los que pueden depender grandes inferencias».

A pesar de sus desmentidos, la capacidad de observación de Holmes, su «extraordinario talento para las minucias», como lo expresa Watson, y su capacidad de deducción se basan en la mayoría de los casos en una complicada serie de lo que Peirce hubiera llamado conjeturas. En el caso anterior, por ejemplo, Holmes sólo puede conjeturar que Watson ha entrado realmente en la oficina de Correos, en vez de haber pasado sólo por delante. Además Watson podía haber entrado en la oficina postal para encontrarse con un amigo y no para hacer otra cosa, y así por el estilo.

Que Holmes estaba convencido de la importancia de estudiar los detalles para llevar a buen término un investigación, se pone de relieve en el siguiente pasaje:

— Me pareció que observaba en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí —le hice notar.

— Invisibles no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto todo lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugestivas que son las uñas de los pulgares, o de las grandes cuestiones que pueden depender de un cordón de zapato. Vamos a ver, ¿qué le dijo usted del aspecto exterior de esa mujer? Descríbalo.

— Bueno, llevaba un sombrero de paja, de alas anchas y de color pizarra, con una pluma de color rojo ladrillo. La chaqueta era negra, adornada con abalorios negros y con una orla de pequeñas cuentas de azabache. El vestido era marrón, de un tono más oscuro que el café, con una pequeña tira de felpa púrpura en el cuello y en las mangas. Los guantes eran grisáceos y completamente desgastados en el dedo índice de la mano derecha. No me fijé en sus botas. Llevaba pendientes de oro, pequeños y redondos, y tenía un aspecto general de persona que vive bastante bien, de una manera corriente, cómoda y sin preocupaciones.

Sherlock Holmes aplaudió ligeramente y se rió por lo bajo.

— Válgame Dios, Watson, está usted progresando. Lo ha hecho muy bien, de veras. Es cierto que ha pasado por alto todo cuanto tenía importancia, pero ha dado usted con el método, y posee una visión rápida del color. Nunca se confíe a impresiones generales, muchacho, concéntrese en los detalles. Lo primero que yo miro son las mangas de una mujer. En el hombre tienen quizá mayor importancia las rodilleras del pantalón. Como ha observado usted, esta mujer llevaba tiras de felpa en las mangas, y la felpa es un material muy útil para descubrir raseros en él. La doble línea, un poco más arriba de la muñeca, en el sitio donde la mecanógrafa hace presión contra la mesa, estaba perfectamente marcada. Las máquinas de coser, las movidas a mano, dejan una marca similar, pero sólo en el brazo izquierdo, y en el lado más alejado del pulgar, en vez de marcarla cruzando la parte más ancha, como en este caso. Después miré su cara, y al observar en ambos lados de su nariz la señal de unas gafas de presión, me aventuré a hacer una observación sobre miopía y mecanografía, lo que pareció sorprenderla.

— Me sorprendió a mí.

— Pero, sin duda, era obvio. Me sorprendió mucho, después de eso, y me interesó, cuando miré hacia abajo y observé que, aunque llevaba un par de botas muy parecidas, eran desparejas; una tenía un leve adorno en la puntera, mientras que la otra era lisa. La una tenía abrochados sólo los dos botones de abajo de los cinco que tenía, y la otra el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando esta señorita joven, correctamente vestida en todo lo demás, ha salido de su casa con las botas desparejas y a medio abrochar, no significa gran cosa deducir que salió con prisas.

— ¿Y qué más? — le pregunté. ...

— Advertí, de pasada, que había escrito una nota antes de salir de casa, pero cuando estaba ya completamente vestida. Usted se fijó en que su guante derecho tenía un agujero en el dedo índice, pero al parecer no se fijó en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con mucha prisa, y había metido demasiado la pluma en el tintero. Eso debió ocurrir esta mañana, pues de lo contrario la mancha de tinta no estaría fresca en el dedo. Todo esto resulta divertido aunque bastante elemental. ...

(IDEN)

Lo que explica el éxito de Sherlock Holmes no es que jamás se aventure a adivinar, sino que lo haga tan bien. De hecho, sin darse cuenta, sigue el consejo de Peirce para seleccionar la mejor hipótesis (véase 7.200-320). Parafraseando la explicación de Peirce, podríamos decir que la mejor hipótesis es la más simple y natural,¹³ la más fácil y económica de comprobar, y que, sin embargo, contribuirá a la comprensión de la gama más amplia posible de hechos. En el episodio de Correos, las conjeturas de Holmes acerca de las acciones de Watson son las más razonables dadas las circunstancias.

Además, le permiten, con el mínimo de bagaje lógico, alcanzar un punto a partir del cual, mediante más observación, puede verificar algunas de las predicciones extraídas de su hipótesis, y reducir así considerablemente el número de conclusiones posibles. En otras palabras, Holmes no sólo selecciona la hipótesis más simple y natural, sino que, además, «descarta la hipótesis en sus componentes lógicos más pequeños y no se arriesga a servirse de más de uno a la vez», procedimiento que Peirce describe como el secreto del juego de las Veinte Preguntas (7.220; cf. 6.529).¹⁴ A partir de la hipótesis de que Watson ha entrado en la oficina de Correos para algo relacionado con los servicios postales, Holmes deduce (en el sentido de Peirce) que a lo que ha ido puede ser a echar una carta, a comprar sellos y/o tarjetas postales, o a mandar un telegrama. De ahí pasa a comprobar sistemáticamente cada una de estas posibilidades, y rápidamente llega a la que se revela como la correcta. Cuando son posibles diversas explicaciones, «se ponen a prueba una tras otra hasta que alguna de ellas ofrezca una base suficientemente convincente» (BLAN).

Como ya hemos señalado, Peirce sostenía que una hipótesis debe considerarse siempre como una pregunta, y que, puesto que todo nuevo conocimiento deriva de suposiciones, de nada sirven éstas sin la prueba indagatoria. Holmes advierte también a Watson, en SPEC, «cuán peligroso es razonar a partir de datos insuficientes». El detective coincide además con Peirce (2.635; 6.524; 7.202) en que los prejuicios o hipótesis que somos reacios a someter a la prueba de la inducción, son un obstáculo importante para razonar con éxito. Holmes declara, por ejemplo, que «Me impongo la regla de no tener jamás prejuicios» (REIG; cf. ABBE; NAVA). La admiración de Peirce por los grandes personajes de la historia de la ciencia, como Kepler, arranca precisamente de la extraordinaria capacidad que poseen de sustentar la cadena conjetural-prueba-conjetura.

Es en ese punto, concerniente al mantenimiento de la objetividad hacia los datos de un caso, que Holmes, de manera muy parecida a Peirce en la historia que abre este ensayo, tiene conflictos con los representantes de la policía, o, en el caso de Peirce, con los profesionales de Pinkerton.¹⁵ En BOSC, por ejemplo, Holmes intenta señalar algunos indicios determinantes al detective de Scotland Yard, el inspector Lestrade, quien, como es usual, no ve relación alguna entre los detalles descubiertos por Holmes y el crimen que investigan. Cuando el inspector replica: «Me temo que sigo todavía escéptico», Holmes responde sin perder la calma: «Trabaje usted con su método, y yo trabajaré con el mío.» Más tarde, Holmes refiere esta conversación a Watson en estos términos:

— Mediante el examen del terreno obtuve pequeños detalles sobre la personalidad del criminal, que he proporcionado al imbecil de Lestrade.

— ¿Y cómo los obtuvo?

— Ya conoce usted mi método. Se basa en la observación de las minucias.

En las historias de Holmes, lo que con mayor frecuencia despista a la policía es que, apenas iniciada la investigación de un crimen, ésta tiende a adoptar la hipótesis que mejor explica unos hechos sobresalientes, y pasa por alto las «minucias», negándose a considerar los datos que no apoyen la

postura tomada. «No hay nada más engañoso que un hecho obvio», dice Holmes en BOSCH. La policía, además, comete el «error capital» de teorizar antes de tener todas las pruebas (STUD). El resultado es que, «insensiblemente», comienza a «distorsionar los hechos para ajustarlos a sus teorías, en vez de procurar que las teorías se ajusten a los hechos» (SCAN).¹⁶ El recelo mutuo que lógicamente deriva de esta importante diferencia de métodos está presente en todas las historias de Holmes. En REIG, Watson comenta a un agente rural, el inspector Forrester, que «Yo he visto siempre que hay método en su [de Holmes] locura», a lo que el inspector replica: «Quizá no faltará quien diga que hay locura en su método.»¹⁷

No somos los primeros en señalar la importancia de la adivinación en el método detectivesco de Sherlock Holmes. Régis Messac, por ejemplo, al hablar de cómo Holmes lee los pensamientos de Watson, en CARD (cf. la escena casi idéntica en determinadas ediciones de RES), señala que hay un millón de cosas en las que podría haber estado pensando Watson mientras contempla el retrato del general Gordon o el de Henry Ward Beecher, por lo que, de hecho, Holmes intenta adivinar (1929:599). Messac no se equivoca al señalar que, aunque Holmes de vez en cuando admite que en su trabajo se encuentra implicada una especie de instinto de adivinación (por ejemplo, reconoce, en STUD, que sus «curiosos dones de instinto y observación» se deben a una «suerte de intuición», opinión que repite en SIGN y en THOR), sin embargo «afirma la realidad de la 'deducción'» (1929:601). Messac arguye además que las deducciones de Holmes no son auténticas deducciones, como tampoco son inducciones propiamente hablando, «sino más bien razonamientos fundados en la observación de un hecho particular que conducen, a través de rodeos más o menos complejos, a otro hecho particular» (1929:602). Y Nordon llega a la conclusión de que «debe reconocerse que, en la práctica, [Holmes] obtiene muchos más resultados concluyentes a partir de la observación que a partir de procesos lógicos» (1966:245).

Marcello Truzzi, en un inquisitivo estudio (en el Cap. III de este libro) sobre el método de Holmes, se adelantó a nuestro trabajo al señalar las semejanzas entre las denominadas deducciones, o inducciones, del detective y las abducciones,

o conjeturas, de Peirce. Además, según el sistema de lógica de Peirce, las observaciones de Holmes son en sí una forma de abducción, y la abducción es un tipo de inferencia lógica tan legítimo como la inducción o la deducción (Peirce 8.228). De hecho, Peirce sostiene que:

Nada ha contribuido tanto a las actuales ideas caóticas o erróneas de la lógica de la ciencia como la incapacidad para distinguir las características esencialmente diferentes de los diversos elementos del razonamiento científico; y una de las peores confusiones, así como una de las más comunes, consiste en considerar la abducción y la inducción en conjunto (a menudo mezcladas también con la deducción) como un argumento simple. (8.228)¹⁸

Peirce admite que él mismo «en casi todo lo publicado (por él) antes de principios de siglo... mezcló más o menos Hipótesis e Inducción» (8.227), y encuentra el origen de la confusión entre estos dos tipos de razonamiento en la concepción demasiado «estrecha y formalista de la inferencia (como necesaria obtención de juicios formulados a partir de las premisas)» que tienen los lógicos (2.228; cf. 5.590-604; Ms. 475; Ms. 1146).

Abducción e inducción, por supuesto, «llevan ambas a la aceptación de una hipótesis porque los hechos observados son tal como resultarían necesaria o probablemente como consecuencias de esa hipótesis». Pero:

La abducción arranca de los hechos, sin tener, al inicio, ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la sensación de que se necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. La inducción arranca de una hipótesis que parece recomendarse a sí misma sin tener al principio ningún hecho particular a la vista, aunque con la sensación de necesitar de hechos para sostener la teoría. La abducción busca una teoría. La inducción busca hechos. En la abducción, la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la inducción, el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacan a la luz los hechos auténticos a que ha apuntado la hipótesis. (7.218)

Con la ayuda de un ejemplo que podría haber sido sacado de uno de los casos de Holmes, Peirce nos ofrece la si-

güente demostración de la diferencia entre estos dos tipos de razonamiento:

En un pedazo de papel rasgado aparece un escrito anónimo. Se sospecha que el autor es determinada persona. Se registra su escritorio, al que sólo él ha tenido acceso, y se encuentra un trozo de papel, cuyo borde rasgado encaja a la perfección, en todas sus irregularidades, con el borde del papel en cuestión. Parece justo sacar la inferencia hipotética de que el sospechoso ha sido realmente el autor del escrito. La base de tal inferencia es, evidentemente, el hecho de que es improbable en extremo que dos pedazos de papel rasgados encajen por casualidad. Por consiguiente, entre un gran número de inferencias de este tipo, sólo una proporción muy pequeña sería engañosa. La analogía entre hipótesis e inducción es tan grande que algunos lógicos las han confundido. La hipótesis ha sido llamada inducción de caracteres. Un número de caracteres pertenecientes a un tipo determinado se encuentran en un objeto dado; de lo que se infiere que todos los caracteres de ese tipo pertenecen al objeto en cuestión. Este razonamiento implica sin duda el mismo principio que la inducción; aun que en forma modificada. En primer lugar, los caracteres no son susceptibles de una simple enumeración como los objetos; en segundo lugar, los caracteres se agrupan en categorías. Cuando formulamos una hipótesis como la del pedazo de papel, examinamos sólo una sola serie de caracteres, o tal vez dos o tres, y no tomamos ningún espécimen de las otras series. Si la hipótesis no fuera más que una inducción, todo lo que estaríamos justificados de concluir, en el ejemplo anterior, sería que los dos pedazos de papel que encajaban en las irregularidades examinadas también encajarían en otras irregularidades, digamos más sutiles. La inferencia de la procedencia a partir de la forma del papel es precisamente lo que distingue la hipótesis de la inducción, y hace de ella un paso más atrevido y más peligroso. (2.632)

Holmes reconoce de manera indirecta la naturaleza más peligrosa de la hipótesis al abogar por el uso de «imaginación» (RETI, SILV), «intuición» (SIGN), y «especulación» (HOUN). Es necesario estar dispuesto a imaginar lo sucedido y a actuar según tal suposición, lo cual lleva «a la región donde se sopesan las probabilidades y se escoge la más verosímil» (HOUN).

Se sabe que Holmes fluctuaba entre la unidireccionalidad mental casi frenética del sabueso que ventea su presa y una especie de ensoñación letárgica, combinación que John G. Caldwell llama «vitalización estereotípica» (1976:11.58), una sin-

tesis imaginativa de figuras-tipo que I.I. Revzin llamó «fusión», también con referencia específica a la narrativa policiaca (1978:385-388). Esta característica, en este contexto, deriva, por supuesto, del ambiguo Dupin de Poe. En el siguiente pasaje, Watson señala que también la ensoñación era importante en el método de investigación de Holmes:

Mi amigo era un músico apasionado, y no sólo un intérprete muy capaz, sino un compositor nada vulgar. Se pasaba toda la tarde en una butaca de platea inmerso en la felicidad más completa, moviendo suavemente sus dedos largos y delgados al compás de la música, y su rostro de dulce sonrisa y sus ojos lánguidos y soñadores eran todo lo opuesto que se puede concebir a los de Holmes el sabueso. Holmes el inexorable, el cazador de criminales de mente aguda y matos pronias. La doble naturaleza de su singular carácter se afirmaba alternativamente, y su extremada exactitud y astucia representaban, según pensé a menudo, la reacción contra el estado de ánimo poético y contemplativo que, en ocasiones, prevalecía en él. La oscilación de su naturaleza le llevaba de una languidez extrema a una energía devoradora; y, como yo sabía muy bien, nunca resultaba tan verdaderamente formidable como cuando se había pasado días enteros holgazaneando en su sillón, enfrascado en sus improvisaciones y sus libros de letra gótica. Era entonces cuando le acometía de súbito la avidez de la caza, y cuando su brillante capacidad de razonamiento se elevaba hasta el nivel de la intuición, llegando al punto de que quienes no estaban familiarizados con sus métodos le mirasen de soslayo, como a alguien cuyo saber no era el mismo de los demás mortales. Cuando aquella tarde lo vi tan inmerso en la música en St. James Hall, tuve la sensación de que se avecinaban malos tiempos para aquellos a quienes había decidido perseguir. (REDH)

Peirce también ha tratado de la relación entre actividades mentales de este tipo y otras prácticas más mundanas. «Existente», escribió, «cierta forma agradable de ocupar la mente que... no tiene otro propósito que dejar de lado todo propósito serio» y que «a veces he sentido la tentación de denominar... ensueño, con algún calificativo; pero para un estado mental tan en las antipodas de la vacuidad y la ensoñación, llamarlo así sería de extrema impropiedad. En realidad, es Puro Juego» (6.458). Hay un tipo de Puro Juego, «un vivido ejercicio de los poderes propios, sin reglas, excepto la ley de la libertad misma», que Peirce denomina «Musement» y define como



Fig. 5. Sherlock Holmes escuchando con embobamiento un concierto, en «La liga de los pelirrojos». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, agosto de 1891.

un proceso por el que la mente busca «alguna conexión» entre dos de los tres Universos de la Experiencia (a saber, *Ideas*, *Realidad Bruta*, *Signos* [6.455]), «especulando acerca de las causas» (6.458). El *Musement*

...comienza de manera bastante pasiva con la absorción de la impresión de un ángulo cualquiera de uno de los tres Universos. La impresión, sin embargo, no tarda en convertirse en observación atenta, la observación en meditación, la meditación en una vivaz comunión recíproca entre yo y yo. Si se deja que las observaciones y reflexiones se especialicen demasiado, el Juego se convierte en estudio científico... (6.459)

El crimen, señala Peirce, es particularmente adecuado para la aplicación del *Musement*. Después de citar el comentario de Dupin en «Los crímenes de la calle Morgue» (a saber: «Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* de sus características»), Peirce señala que «los problemas que a primera vista parecen totalmente insolubles llevan, por esa misma circunstancia... las claves de su solución. Esto los hace particularmente adecuados para el Juego del *Musement*» (6.460; véase Sebeok 1981).¹⁹

Estamos de acuerdo, pues, aunque por motivos distintos, con el parecer de Nordon de que «Como creación de un método impregnado del pensamiento racionalista de la época,²⁰ el ciclo holmesiano nos ofrece por primera vez el espectáculo de un héroe que triunfa una y otra vez por medio de la lógica y del método científico. Y la hazaña del héroe es tan maravillosa como el poder de la ciencia, que muchos, y Conan Doyle el primero, esperaban que conduciría al progreso material y espiritual de la condición humana» (1966:247).

3. Enfermedad, crimen y semiótica

Las raíces de la semiótica se encuentran en los antiguos tratados de medicina (Sebeok 1976:4, 125 ss., 181 ss., 1979: Cap. 1), lo cual apoya la opinión de Peirce que señala: «Hablado en términos amplios y aproximados, cabe decir que las ciencias se han desarrollado a partir de las artes útiles, o de las artes consideradas útiles.» Así como la astronomía se desarrolló a partir de la astrología, y la química a partir de la alquimia, del mismo modo lo hizo también «la fisiología, con la medicina como etapa intermedia a partir de la magia» (1.226). Peirce da la impresión de haber sido muy versado en historia y teoría de la medicina. Su familia pensaba que estudiaría química y puso a su disposición la biblioteca médica de su difunto tío Charles, que había sido médico (Fisch: comunicación personal). En un lugar (2.11π), como mínimo, Peirce enumera algunos de los libros de historia de la medicina que había consultado. En 1933, en una entrevista con Henry

S. Leonard (estudiante graduado de filosofía de Harvard, que había sido enviado a la casa de Peirce en Milford, Pennsylvania, tras la muerte de su viuda, Juliette Peirce, para recoger todos los manuscritos que quedaran), G. Alto Pobe, el médico que había asistido a Peirce en sus últimos años, declaraba que:

Peirce sabía más medicina que yo. Cuando iba a visitarle pasaba de media hora a una hora con él. Me hacía bien hablar con él. Cuando llegaba, solía describirme los síntomas de su enfermedad y hacía el diagnóstico. Después me hacía la historia completa del tratamiento médico de la enfermedad. A continuación me indicaba lo que debía recetarle. No se equivocaba nunca. Decía que necesitaba que yo le extendiera la receta porque él carecía de título de médico. (En las notas de Max H. Fisch.)

Peirce reconoce que, en lo que respecta a los problemas estadísticos relacionados con los muestreos y la inducción, «Los médicos... merecen una mención especial por la razón de que desde Galeno han tenido una tradición lógica propia», y, «en su trabajo a contracorriente del razonamiento *post hoc, ergo propter hoc*», reconocen, «aunque sea confusamente», la regla de la inducción que establece que «debemos, en primer lugar, decidir qué carácter nos proponemos examinar en la muestra, y sólo después de esta decisión la examinamos» (1.95-97). Peirce reconoce, por otra parte, que la medicina, esa «profesión materialista» (8.58), encuentra dificultades en seguir otra máxima de la inducción, que exige que las muestras no sean pequeñas:

La violación de esta máxima es lo que hace que las cifras mientan. Las estadísticas médicas en particular suelen ser despreciablemente pequeñas, además de estar expuestas a la sospecha de haber sido seleccionadas. Y me estoy refiriendo ahora a las estadísticas de médicos respetables. Es difícil en extremo reunir muchos hechos sobre algún punto oscuro de la medicina, y todavía es más difícil probar que esos hechos sean una representación adecuada del curso general de los acontecimientos. Esto explica la lentitud del progreso de la ciencia médica a pesar de la inmensidad de estudio que se le ha dedicado, y explica los grandes errores que, a menudo, han sido aceptados durante siglos por los médicos. Probablemente no hay otra rama de la ciencia que sea tan difícil desde todos los puntos de vista. Se re-

quiere una mente verdaderamente poderosa para realizar una inducción médica. Esto es demasiado obvio para que haya necesidad de pruebas. Son tantas las circunstancias perturbadoras —idiosincrasias personales, mezcla de tratamientos, influencias accidentales y desconocidas, particularidades climáticas, étnicas y estacionales— que es esencial que los hechos sean muy numerosos y se escudriñen con ojos de lince para descubrir las falsedades. Y, no obstante, es especialmente difícil acopiar hechos en medicina. La experiencia de un solo individuo rara vez puede tener un peso decisivo, y, en medicina, no se puede juzgar sobre cuestiones basándose únicamente en el conocimiento personal, hay que fiarse del juicio de otros. De modo que mientras en esta ciencia se requiere que las muestras sean extensas y más cuidadosamente seleccionadas que en ninguna otra, en ella, más que en cualquier otra, estos requisitos son difíciles de cumplir.

Nada demuestra de modo más lamentable la falta de rigor con que la gente en general razona que la disposición de nueve personas de cada diez a pronunciarse acerca de los méritos de un medicamento, fundándose en las experiencias más limitadas, más inexactas y más plagadas de prejuicios de todas las que merezcan llamarse experiencia. Cualquier vieja que haya observado una mejora de los síntomas después de la administración de un medicamento en una docena de casos que no se parecen en nada unos con otros, no vacilará en declarar la cura infalible para casos que en modo alguno se asemejan a cualquiera de los doce anteriores. Es escandaloso. Pero lo que es todavía peor, se recomiendan incluso tratamientos sólo por tener conocimiento de oídas de uno o dos casos.

Observen, les ruego, la combinación de falacias implicadas en tal proceder. En primer lugar, no puede hacerse, con propiedad, ninguna inducción, a menos que la muestra se haya tomado de una clase definida. Pero esas criaturas irresponsables —que creen que por haber pasado un tiempo en el cuarto de un enfermo ya se han convertido en Galenos— son completamente incapaces de definir la enfermedad en cuestión. Supongamos, por ejemplo, que sea difteria. ¿Cómo hacen para distinguir una difteria de una inflamación de garganta? Sus muestras son, en realidad, muestras de una clase no definida en absoluto.

En segundo lugar, el número de sus ejemplos es difícilmente suficiente ni para la más simple de las inducciones. En tercer lugar, los ejemplos son muchas veces casos de oídas. Además, en adición a la inexactitud de esta clase de pruebas, es mucho más probable que nos lleguen noticias de cosas extraordinarias relativas a la frecuencia de esos ejemplos, que de ordinarias. O sea que tener en cuenta tales ejemplos significa tomar muestras escogidas. En cuarto lugar, el predicado común a todos los ejemplos es habitualmente de índole muy vaga.

En quinto lugar, es habitual llegar a una deducción referente al caso entre manos sin considerar cuidadosamente si en realidad pertenece a la clase de la que se ha tomado la muestra. En sexto lugar, existe una tendencia a decir muchas más cosas del caso que se tiene entre manos que de cuantas se encontraron en los ejemplos precedentes. Todas estas falacias se combinan en una especie de argumentación que es raro no escuchar una vez por semana. (Ms. 696)²¹

En la medida en que el propio personaje de Sherlock Holmes practica los métodos de la medicina,²² se mezcla un elemento de arte y de magia en la lógica del descubrimiento científico que adopta. A nuestro parecer, esto es lo que caracteriza a Holmes como personaje respecto al método puramente lógico del detective Dupin de Edgar Allan Poe.

Es de sobras conocido que Conan Doyle, médico en ejercicio hasta que las historias de Holmes lo enriquecieron lo suficiente para que dejara la profesión, modeló el personaje de Sherlock Holmes inspirándose en su profesor, el doctor Joseph Bell, miembro del Royal Infirmary de Edimburgo. La utilización parcial por parte de Conan Doyle de un médico como modelo fue, sin embargo, un intento plenamente consciente de introducir en la indagación criminal un método de mayor rigor científico que el que se había usado hasta entonces. Messac señala con acierto que Doyle siguió a Bell en lo que hace referencia a la diagnosis extendida a toda la personalidad y vida del paciente, y en que la diagnosis «no es nunca absolutamente rigurosa; comporta vacilaciones, errores». La investigación criminal, como la medicina, es una especie de «pseudociencia» (1929:671).²³ Sobre la creación de STUD, Doyle escribió:

Gaboriau me atraía por el limpio ensamblaje de sus intrigas, y el magistral detective de Poe, el Chevalier Dupin, había sido desde mi niñez uno de mis héroes favoritos. ¿Qué podía yo añadir, entonces? Recordé a mi viejo maestro Joe Bell, su rostro de águila, sus maneras curiosas, sus misteriosos trucos para descubrir detalles. De haber sido detective, habría convertido, sin duda, esa actividad fascinante, aunque desorganizada, en algo cercano a una ciencia exacta. (1924:69)

Doyle estaba impresionado por la excepcional habilidad de Bell para diagnosticar, «no sólo la enfermedad, sino tam-



Fig. 6. Retrato de juventud del doctor Joseph Bell de Edimburgo, en quien Conan Doyle se inspiró para crear su personaje. Obsérvese el característico perfil holmesiano. De Haycraft (1941:48).

bien la ocupación y el carácter». Era el recepcionista de los pacientes externos de Bell, lo que significaba que tenía que «organizar las visitas, tomar notas sencillas en cada caso, y hacerlas pasar, una a una, a la gran sala donde Bell se encontraba solemnemente sentado, rodeado de sus alumnos y ayudantes» (1924:20). De ahí que el joven estudiante de medicina «tuviera oportunidad sobrada de estudiar sus métodos [de Bell] y de observar que, con frecuencia, advertía más cosas en el enfermo con una mirada» (*ibid.*) que a través de la serie de preguntas de Doyle que precedían a la entrevista con el doctor.

En algunas ocasiones los resultados eran espectaculares, aunque hubo veces en que cometió errores crasos. En uno de sus mejores casos dijo a un paciente civil:

- Vaya, buen hombre, ha servido usted en el ejército.
- Sí, señor.
- ¿Licenciado hace poco?
- Sí, señor.
- ¿Un regimiento de los Highlands?
- Sí, señor.
- ¿Suboficial?
- Sí, señor.
- ¿Estacionado en Barbados?
- Sí, señor.

— Observen, señores — pasó luego a explicar —, este hombre era una persona educada, sin embargo no se ha sacado el sombrero. En el ejército no lo hacen, pero si hiciera tiempo que estuviera licenciado habría adoptado maneras civiles. Tenía un aire de autoridad y salta a la vista que es escocés. En cuanto a Barbados, padece elefantiasis, enfermedad de las Antillas, no de Gran Bretaña.

A su público de Watsons todo aquello le parecía milagroso hasta que llegaba la explicación, y entonces todo parecía muy sencillo. No es de extrañar que después de haber estudiado una personalidad como ésta utilizase y desarrollase sus métodos cuando, posteriormente, quise crear un detective científico que resolviera los casos por sus propios méritos y no a causa de los desatinos del criminal. (1924:20-21)

Mientras que el diálogo de Barbados es el único ejemplo de la capacidad de observación y de deducción de Bell registrado por el propio Doyle, Trevor Hall (1978:80-83) ha publicado y reseñado otros relatos de las famosas sesiones de Bell narrados por médicos que fueron compañeros de estudios de Doyle en Edimburgo o por amigos del matrimonio Bell. William S. Baring-Gould ha reproducido una de las anécdotas menos conocidas (*Lancel*, 1 de agosto de 1956):

- Entró una mujer con un niño pequeño. Joe Bell le dio los buenos días y ella se los dio a su vez en respuesta.
- ¿Qué tal la travesía desde Burntisland?
- Ha sido buena.
- ¿Ha sido buena también la caminata por Inverleith Row?
- Sí.
- ¿Y qué ha hecho con el otro chiquillo?
- Lo he dejado con mi hermana, en Leith.
- ¿Trabaja usted todavía en la fábrica de linóleo?
- Sí, todavía.

— Vean, señores, que al darme ella los buenos días he notado su acento de Fife y, como ustedes saben, la ciudad más cercana de Fife es Burntisland. Habrán notado la arcilla roja en los bordes de las suelas de sus zapatos, y en veinte millas a la redonda de Edimburgo sólo se encuentra arcilla roja en el Jardín Botánico. Inverleith Row pasa por ahí y es el camino más corto para venir desde Leith. Habrán observado que el abrigo que llevaba colgado del brazo era demasiado grande para el niño que la acompañaba, y que, por lo tanto, había salido de su casa con dos niños. Por último, tiene dermatitis en los dedos de la mano derecha, lo cual es característico de los trabajadores de la fábrica de linóleo de Burntisland. (1967: vol. I, 7)

Considérese la siguiente relación de una entrevista con Doyle, en junio de 1892, publicada inicialmente en un artículo de Mr. Harry How, titulado «Un día con el doctor Conan Doyle», que apareció en el *Strand Magazine* en agosto del mismo año, publicado de nuevo por Hall (1978:82-83):

[En Edimburgo] conocí al hombre que me sugirió a Sherlock Holmes... sus poderes intuitivos eran simplemente maravillosos. Entraba el primer paciente. «¡A veo!», decía Bell, «que su mal es la bebida. Incluso lleva una botella en el bolsillo interior de la chaqueta.» Se acercaba el siguiente. «Veo que es zapatero.» Después se volvía a los estudiantes y les señalaba que la parte interna de la rodillera del pantalón del individuo estaba desgastada. Era donde apoyaba el yunque, una peculiaridad que se encuentra sólo en los zapateros.

Hall (1978:78) también señala que Doyle reconoció su deuda a Bell en el dorso de la portada de *The Adventures of Sherlock Holmes* (1892), en una dedicatoria a su antiguo maestro. Hall cuenta también que, en una carta a Bell del 4 de mayo de 1892, Doyle escribió:

No cabe duda de que es a usted a quien debo Sherlock Holmes. Y aunque en las narraciones tengo la ventaja de poder situarle [al detective] en toda suerte de situaciones dramáticas, no creo que su trabajo analítico supere algunos de los resultados que yo le he visto obtener a usted en la consulta. A partir de la práctica fundamental de deducción, inferencia y observación que usted nos inculcó, he intentado crear un individuo que lleva el asunto a sus últimas consecuencias — a veces incluso más lejos — y me alegra que los resultados le satisfagan a usted precisamente, el crítico con mayor derecho a mostrarse severo. (1978:78)



Fig. 7. Retrato de Mycroft Holmes. Ilustración de Sidney Paget para «El intérprete griego», *The Strand Magazine*, septiembre de 1893.

Es obvio que el siguiente pasaje recuerda de modo sorprendente algunas de las anécdotas que se cuentan de Joseph Bell. Holmes y su hermano Mycroft se encuentran sentados en el mirador (cf. Sebeok 1981: cap. 3) del Diogenes Club, cuando Mycroft dice:

- Para quien quiera estudiar a los hombres no hay sitio mejor que éste... ¡Mirad qué tipos tan magníficos! Fijaos en esos dos que vienen hacia acá, por ejemplo.
 - ¿El marcador de jugadas de billar y el otro?
 - Precisamente. ¿Qué me dices del otro?
- Los dos hombres se habían detenido frente al mirador. Unas manchas de tiza encima del bolsillo del chaleco fueron todo lo que yo [Watson] pude distinguir de salón de billar en uno de ellos. El otro

era un tipo muy bajito, moreno, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

- Un veterano, por lo que veo —dijo Sherlock.
- Licenciado hace muy poco —señaló su hermano.
- Veo que ha servido en la India.
- Suboficial.
- Royal Artillery, imaginó —dijo Sherlock.
- Y, además, viudo.
- Pero con un hijo.
- Con hijos, muchacho, con hijos.
- Bueno —interrumpí yo [es decir, Watson] riendo—, esto se pasa va de la raya.
- Sin duda —replicó Holmes—, no cuesta tanto advertir que un hombre de ese porte, con su expresión autoritaria y la piel currida por el sol, es un soldado, y algo más simple que un simple soldado, y que regresó no hace mucho de la India.
- Que no hace mucho que ha dejado el ejército lo demuestra el que todavía lleva sus botas «de fajina», como suelen llamarse —observó Mycroft.
- No tiene el andar de los jinetes, pero llevaba el sombrero lavado, como se nota en la piel más pálida a un lado de la frente. Por su peso no podía ser zapador. Era artillero.
- Como es natural, su luto riguroso demuestra que ha perdido alguien que le era muy querido. El hecho de que él mismo haga las compras hace suponer que se trata de su mujer. Observo que ha estado comprando cosas para los niños. Lleva un sonajero, lo que significa que uno de ellos es muy pequeño. Es probable que la mujer haya muerto al dar a luz. El hecho de que lleve un libro de estampas debajo del brazo revela que existe otro hijo de quien acordarse. (GREE)

El propio Bell habla de la semejanza entre crimen y enfermedad en el pasaje siguiente, escrito en 1893 y citado por Starrett (1971:25-26):

Fruen, señores, de aprender las características de una enfermedad o de un traumatismo con la misma precisión con que conocen los rasgos, el modo de andar, las maneras de su amigo más íntimo. A él pueden reconocerle de inmediato, aunque esté en medio de una gran muchedumbre. Puede que sea una multitud de personas vestidas todas igual, cada una con los mismos ojos, nariz, cabello y extremidades que su amigo. En lo esencial se parecen todos; difieren sólo en minucias, y sin embargo, al conocerse bien estas minucias, éstas realizan su identificación o su diagnóstico sin dificultad. Ocurre lo mismo con las enfermedades mentales, corporales o morales. 34

Las características raciales, los modos de ser hereditarios, el acento, la ocupación o falta de ella, la educación, el entorno del tipo que sea, mediante sus pequeñas y triviales impresiones, modelan o cincelan gradualmente al individuo, y dejan impresiones digitales o incisiones de cincel que un experto puede reconocer. Las grandes características que se pueden reconocer de un vistazo como indicadores de una enfermedad cardíaca o de tuberculosis, de alcoholismo crónico o de una pérdida constante de sangre, están al alcance del más novato en medicina, mientras que para los maestros del oficio existen miríadas de signos elocuentes e instructivos, pero cuyo descubrimiento requiere un ojo experto... La importancia de lo infinitamente pequeño es incalculable. Empomponen un pozo de La Meca con el bacilo del cólera y el agua santa que los peregrinos se llevarán embotellada infectará un continente. Los andrajos de una víctima de la peste aterrizarán todos los puertos de la cristiandad. [Cursivas nuestras.]

Esta manera de considerar los síntomas como características distintivas de la identidad de una enfermedad, que por lo tanto se trata como una entidad concreta, recuerda un pasaje de uno de los manuscritos no publicados de Peirce (Ms. 316), donde, al explicar que «nuestro conocimiento de la mayoría de las nociones generales se produce de manera completamente análoga al conocimiento de una persona individual», critica la afirmación del fisiólogo francés Claude Bernard (1813-1878), según el cual: «La enfermedad no es una entidad; no es más que un conjunto de síntomas.» Peirce arguye que, más que una doctrina fisiológica, esto es una teoría de falsa lógica. «Pero a la luz de los descubrimientos positivos de Pasteur y de Koch, vistos en conexión con las teorías de Weissmann [sic], nos percatamos de que, en lo que se refiere a las enfermedades simóticas [es decir, infecciosas], éstas son una cosa en el mismo sentido en que el océano es una cosa... [Un] conjunto de síntomas no es sólo una entidad, sino necesariamente una cosa concreta. ...» Si Bernard lo hubiese comprendido, prosigue Peirce, «quizá se habría puesto a trabajar con auténtico provecho para llegar a un conocimiento más profundo de esa cosa».

Sherlock Holmes pone verdaderamente en práctica lo que predica Bell. Establece una «diagnosis», es decir, la identificación de una patología criminal a través de una serie de percepciones diminutas, vinculadas entre sí mediante una hipó-

tesis, y habitualmente acaba por tratar un caso resuelto como a un viejo amigo. Consideremos, por ejemplo, el siguiente pasaje, citado con frecuencia, de cuando Holmes lee el pensamiento de Watson (sobre «lectura del pensamiento», cf. n. 14):

Viendo que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, dejé a un lado el aburrido periódico, me arrellané en mi sillón y me abandoné a mis pensamientos. De pronto, la voz de mi compañero irrumpió en mis cavilaciones.

— Tiene usted razón, Watson —dijo—. Es una manera absurda de zanjar una disputa.

— ¡De lo más absurda! —exclamé, pero, de pronto, dándome cuenta de que él se había hecho eco de lo más íntimo de mis pensamientos, me erguí en mi asiento y le miré atónito.

— ¿Qué es esto, Holmes? —grité—. Esto rebasa todo lo que podía haber imaginado... he estado sentado silenciosamente en mi sillón. ¿Qué pistas puedo haberle dado?

— Usted es injusto consigo mismo. Al hombre se le ha dado un rostro como medio para expresar sus emociones, y el suyo es un servidor fiel.

— ¿Pretende decirme que ha leído el curso de mis pensamientos en mi rostro?

— En su rostro, y especialmente en sus ojos. ¿No se acuerda, tal vez, de dónde arrancaron sus cavilaciones?

— No, no me acuerdo.

— Entonces se lo diré yo. Después de tirar el periódico, gesto que atrajo mi atención hacia usted, se quedó medio minuto con expresión ausente. Después sus ojos se fijaron en el retrato recién enmarcado del general Gordon, y, por la forma en que cambió su expresión, vi que se había iniciado una nueva sucesión de pensamientos. Que, sin embargo, no le llevó muy lejos. Sus ojos se volvieron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher, que está colocado encima de sus libros. Entonces miró a la pared, y por supuesto el significado era obvio. Estaba usted pensando que si el retrato estuviera ya enmarcado ocuparía aquel espacio vacío y haría juego con el retrato de Gordon.

— ¡Me ha seguido usted de manera asombrosa! —exclamé.

— Hasta ahí era difícil que me perdiera. Pero entonces sus pensamientos volvieron a Beecher, y le clavó fijamente los ojos como si estudiara su carácter en los rasgos de su cara. Después dejó de aguzar la mirada y siguió examinándolo con rostro pensativo. Recordaba las vicisitudes de la carrera de Beecher. Comprendí que no podía



Fig. 5. ...me abandoné a mis pensamientos. Ilustración de Sidney Pagei para «La caja de cartón». *The Strand Magazine*, enero de 1893.

hacerlo sin que pensara en la misión que emprendió por encargo del Norte durante la Guerra Civil, porque yo no había olvidado la apasionada indignación que usted había expresado por la manera en que había sido recibido por los más turbulentos de entre los nuestros. Era algo que se había tomado usted tan a pecho que estaba seguro de que no podía pensar en Beecher sin pensar también en esto. Cuando, un momento después, vi que desviaba los ojos del retrato, sospeché que se había puesto a reflexionar sobre la Guerra Civil, y cuando observé que sus labios se apretaban, sus ojos brillaban y sus puños se cerraban, no dudé de que pensaba en la nobleza que ambos bandos habían demostrado en aquella lucha desesperada. Pero después volvió a entristecerse su rostro; sacudió la cabeza. Pensaba usted en la tristeza, el horror y el inútil derroche de vidas. Se llevó la mano a su vieja cicatriz y una sonrisa tembló en sus labios, que me reveló que se había abierto paso en su mente el aspecto ridículo de este sistema de solucionar los conflictos internacionales. En ese momento fue cuando me manifesté conforme con usted en que era absurdo, y tuve la satisfacción de constatar que todas mis deducciones habían sido correctas.

— ¡Totalmente! —le dije—. Y ahora que usted me lo ha explicado, confieso que sigo tan atonito como antes. (RESI; cf. CARD.)

Verificar una hipótesis acerca de la identidad de una per-

sona a través de los indicios derivados de la apariencia física del individuo, de su modo de hablar y de otras cosas por el estilo implica siempre cierto grado de adivinación, razón por la cual Peirce llama a esta operación *inducción abductoria* (o, a veces, *modelado especulativo*):

Pero supongamos que, durante un viaje en tren, alguien me llama la atención hacia un individuo cercano, y me pregunta si no tendrá algo que ver con un sacerdote católico. Entonces me pongo a recapitular mentalmente las características observables de un sacerdote católico común, con el fin de ver qué proporción de ellas presenta ese individuo. Las características no son susceptibles de contarse o medirse; su significado relativo con referencia a la pregunta formulada solo puede estimarse de una manera vaga. De hecho es una pregunta que no tiene una respuesta precisa. Sin embargo, si el modo de vestir del individuo —botas, pantalones, chaqueta y sombrero— es el de la mayoría de los sacerdotes católicos norteamericanos, si sus gestos son los característicos en ellos, revelando un estado de nervios similar, y si su porte, resultado de una determinada disciplina de años, es también característico de un sacerdote, y no obstante hay en él un detalle muy poco probable en un ministro de la Iglesia romana, como puede ser el hecho de llevar un emblema masónico, puedo decir que no es un sacerdote católico, pero que lo ha sido, o que ha estado cerca de serlo. Este tipo de inducción vaga la denominó *inducción abductoria*. (MS. 692; cf. 6.526)

Y ahora pasemos del sacerdote a la monja:

Los tranvías son notables escuelas de modelado especulativo (*speculative modeling*). Encerrados ahí, sin nada que hacer, comenzamos a escudriñar a la gente de enfrente y a inventar biografías plausibles. Veo a una mujer de cuarenta años. Tiene un aire muy siniestro, difícil de encontrar uno parecido entre mil personas, rayano casi en la locura, pero con una mueca de amabilidad que pocas personas, incluso de su sexo, son capaces de controlar; y además de esto, dos feos arrugas, a derecha y a izquierda de los labios apretados, hablan de largos años de severa disciplina. Hay también una expresión servil e hipocrita, demasiado abyecta para una criada; mientras que se pone de manifiesto cierto estilo de educación de nivel bajo, sin ser del todo educado, junto a cierto gusto en el vestir, que no es ni basto ni chillón, ni ser de ningún modo elevado, que sugiere la familiaridad con algo superior, algo más que el mero contacto de una criada con su señora. El conjunto, sin que llame mucho la atención a primera vista, resul-

ta, al fijarse mejor en él, muy poco usual. Ante ello, nuestra teoría nos dice que hace falta una explicación; y no tardó mucho en advertir que la mujer es una ex-monja. (7.196)

En los ejemplos anteriores, cada una de las preguntas que se hace Peirce es, en sí misma, una hipótesis, similar en algunos aspectos a la inferencia descrita en un pasaje autobiográfico de otro ensayo de Peirce, en el que dice:

Una vez desembarqué en un puerto de una provincia turca; y, de camino hacia la casa que iba a visitar, me encontré con un hombre a caballo, rodeado de cuatro jinetes que sostenían un baldaquín sobre su cabeza. Como quiera que el gobernador de la provincia era el único personaje que podía suponer que gozaba de semejante honor, inferí que se trataba de él. Esto fue una hipótesis. (2.625)

Los ejemplos mencionados ilustran lo que Sherlock Holmes llama «razonar hacia atrás» (cf. la *retro-ducción* de Peirce), una habilidad que, a pesar de su similitud en muchos aspectos con el tipo de reflexión que lleva a cabo el hombre común a diario, requiere, sin embargo, un cierto entrenamiento especializado:

— En la resolución de un problema de ese tipo, lo principal es la capacidad para razonar hacia atrás. Es una habilidad muy útil, y muy fácil, pero que la gente no practica mucho. En los asuntos de la vida cotidiana, es más útil razonar hacia adelante, y por eso la otra manera se descuida. Existen cincuenta personas que pueden razonar sintéticamente por cada una que puede razonar analíticamente.

— Confieso —dije yo [Watson]— que no le comprendo.
— No esperaba que lo hiciera. Veamos si se lo puedo aclarar. La mayoría de las personas, si se les describe una sucesión de hechos, le anunciarán cuál va a ser el resultado. Son capaces de coordinar mentalmente los hechos, y deducir que han de tener una consecuencia determinada. Sin embargo, son pocas las personas que, si se les cuenta el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia conciencia los pasos que condujeron a ese resultado. A esa facultad es a la que me refiero cuando hablo de razonar hacia atrás, es decir, analíticamente. (STUD)

De hecho, Holmes señala a menudo a Watson que él ve lo mismo que todo el mundo, sólo se ha entrenado para apli-



Fig. 9. Sir Arthur Conan Doyle en su escritorio, en Southsea, 1886, supuestamente escribiendo «Estudio en escarlata».

car su método al objeto de determinar el significado completo de sus percepciones. Por ejemplo, Watson es requerido por Holmes para que examine un sombrero a fin de encontrar una pista sobre la identidad del caballero que lo ha llevado. «No veo nada», es la respuesta de Watson, a lo que Holmes replica: «Al contrario, Watson, usted lo ve todo. Lo único es que no razona a partir de lo que ve. Es demasiado tímido para sacar sus inferencias» (BLUE). O, en otra ocasión, cuando Watson dice: «Es obvio que en estas habitaciones usted ha visto más cosas de las que eran visibles para mí», Holmes responde: «No, pero me figuro que he deducido un poco más. Ver, me imagino que he visto lo mismo que usted» (SPEC).

El propio Peirce distinguía entre lo que él llamaba *logica utens*, es decir, cierto sentido rudimentario de lógica prácti-

ca, que es cierto método general por el que todo el mundo llega a la verdad, sin, no obstante, ser consciente de usarlo y sin ser capaz de especificar en qué consiste el método, y un sentido más refinado de la lógica, o *logica docens*, utilizada por los lógicos y los científicos (y también por ciertos detectives y médicos), que es una lógica que puede aprenderse conscientemente y que, por lo tanto, es un método desarrollado teóricamente para descubrir la verdad (Ms. 692; cf. Ransdell 1977:165). Sin embargo, ni el científico ni el lógico inventan su *logica docens*, sino que estudian y desarrollan la lógica natural que ellos, como los demás, usan ya en la vida cotidiana. Al parecer, Sherlock Holmes comparte este punto de vista, a juzgar por su conversación con Watson, en la que expresa: «No osaríamos concebir las cosas que son realmente simples lugares comunes de la existencia... Créame, no hay nada tan innatural como lo común» (IDEN). Holmes afirma, además, que sus métodos no son otra cosa que «sentido común sistematizado» (BLAN).

He aquí la descripción que hace Holmes del modelo que trata de seguir:

El razonador ideal..., una vez que se le ha presentado un hecho determinado en todos sus aspectos, debería deducir de éste no sólo toda la cadena de acontecimientos que condujeron a él, sino también todos los resultados que pueden derivarse. Del mismo modo que Cuvier podía describir correctamente un animal entero a partir de la observación de un solo hueso, el observador que ha comprendido bien un eslabón en una serie de acontecimientos debería poder establecer con precisión todos los demás, tanto anteriores como posteriores. (FIVE)

No cabe duda de que la *logica docens* de Sherlock Holmes proviene, en gran medida, del entrenamiento científico de su creador, Conan Doyle. Bell, su maestro, escribió que «La educación del doctor Conan Doyle como estudiante de medicina le enseñó a observar, y su profesión, sea como médico general, sea como especialista, fue un entrenamiento espléndido para un hombre como él, dotado de buenos ojos, memoria e imaginación» (Bell 1893, citado en Nordon 1966: 213). En especial, el atento control de que hace gala Holmes parece debido en buena parte a su dedicación a la química.»

Así como «la puesta en escena de la investigación química, nunca muy sólida, fue deteriorándose a medida que pasaba el tiempo, hasta desaparecer del todo», el rincón que Holmes reservaba a la química le sirvió «para mantener un contacto práctico con una ciencia exacta en la que causas y efectos, acción y reacción, podían predecirse con una seguridad fuera del alcance de la menos precisa 'ciencia detectivesca', por mucho que se esforzara por alcanzar la máxima exactitud en su profesión de elección» (Trevor Hall 1978:36-37). Tal como dijo Holmes: «Como todas las demás artes, la Ciencia de la Deducción y del Análisis sólo se puede aprender a través de un estudio largo y paciente, y la vida no es bastante larga para permitir que ningún mortal alcance la máxima perfección en esa ciencia» (STUD).

Peirce también fue toda su vida aficionado a la química. En 1909, escribió:

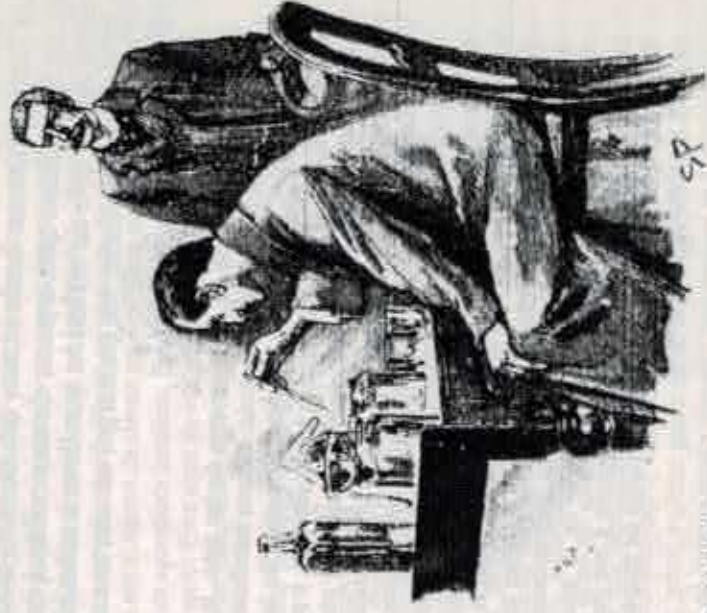


Fig. 11. Holmes estaba... trabajando muy absorto en una investigación química. Ilustración de Sidney Paget para «El tratado naval», *The Strand Magazine*, octubre de 1893.

Pronto demostré un interés infantil por la dinámica y la física, y como el hermano de mi padre era químico, debía de tener yo alrededor de doce años cuando instalé por mi cuenta un laboratorio químico y empecé a trabajar con el centenar de botellas de análisis cualitativo de Leibig y a fabricar sustancias como el bermellón, tanto por el procedimiento seco como húmedo, y repetí muchos de los procesos químicos conocidos. (Ms. 619)

La química fue la profesión para la que se educó especialmente a Peirce, además de ser «la ciencia en que más trabajó» y «cuyos razonamientos más admiraba» (Ms. 453; cf. Hardwick 1977:114).

A quien no está versado en la lógica teórica, cualquier demostración por parte de un experto de sus habilidades razonadoras le parecerá, si éste no le explica los pasos lógicos que ha seguido, poco menos que magia. Nordón señala que «sus deducciones llevan a Holmes a hacer revelaciones que parecen casi mágicas» (1966:222). El doctor Watson no cesa de asombrarse, como todos sabemos, ante las deducciones de Holmes. Este efecto es realizado por el «notable gusto [de Holmes]... por las escenificaciones y los efectos teatrales» (Starrrett 1971:29), una inclinación que Peirce comparte, a juzgar por la manera teatral con que nos cuenta la historia del reloj robado y por el hecho de que se dice que desde niño demostró afición y talento por el teatro.³⁶

«Cuando se especializó en criminología, la escena perdió un excelente actor», dice Watson refiriéndose a Holmes, «y la ciencia un agudo razonador» (SCAN). Hasta cierto punto, la forma teatral con que Holmes alardea de sus operaciones lógicas es similar al modo en que ciertos médicos tratan de impresionar a sus pacientes haciéndoles creer en sus poderes mágicos de diagnosis, con lo que desarrollan un sentimiento de confianza por parte del paciente que contribuirá al proceso de curación.³⁷

El propio Joseph Bell habla de este tipo de manipulación psicológica como sigue:

El reconocimiento [de la enfermedad] depende en gran medida de la apreciación precisa y rápida de los pequeños detalles en que la enfermedad difiere de la buena salud. Al estudiante hay que enseñarle a observar. Para interesarle en este tipo de trabajo, nosotros los pro-



Fig. 11. «No resisto nunca un toque de dramatismo» —devolviendo los documentos robados a Phelps en «El tratado naval». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, noviembre de 1893.

letores encontramos útil demostrarle lo que un observador con experiencia puede descubrir sobre cosas tan comunes como son el pasado del paciente, su nacionalidad y su ocupación. *El enfermo, además, quedará presumiblemente convencido de vuestra capacidad de curarle si se da cuenta de que, de un solo vistazo, podéis descubrir tantas cosas de su pasado. Y el truco es mucho más fácil de lo que parece al principio.* (Trevor Hall 1978:83; las cursivas son nuestras.)

Es frecuente que Holmes dé comienzo a su entrevista inicial con un posible cliente con una impresionante serie de «deducciones», al estilo descrito por Bell, y esas «pequeñas y asertivas deducciones... a menudo no tienen nada que ver con el asunto de que se trata, pero impresionan al lector con una sensación general de poder. El mismo efecto se obtiene con la alusión extemporánea a otros casos» (1924:101-102).³⁸

¿Quién de nosotros no se ha sentido intimidado alguna vez por una parecida técnica de entrevista usada por nuestro propio médico, cuando nos pregunta una serie de cosas aparentemente sin relación (por ejemplo: ¿Ha fumado mucho últimamente? ¿Le duele sólo por la noche? ¿Solía su madre tener jaqueca?), al término de las cuales anuncia de improviso

el diagnóstico, declaración que a nosotros, incapaces de juzgar el significado de cada uno de los indicios por separado y, por lo tanto, la lógica de la secuencia de preguntas, nos parece un milagro. Si el médico ya ha establecido el diagnóstico, pero todavía no lo ha comunicado al paciente, las preguntas que hace entonces para verificar su hipótesis le parecerán al paciente casi un ejercicio de percepción extrasensorial (por ejemplo: Usted tiene esta sensación sólo a la hora y media de haber comido, y va acompañada de un dolor punzante en el brazo derecho, ¿verdad? — Sí, ¿cómo lo sabe?).

A pesar de que las conjeturas son parte importante en todas las operaciones lógicas, como ha demostrado Peirce, el paciente típico podría perder confianza en el médico si descubriera la cantidad de adivinación que hay en los diagnósticos y tratamientos médicos. Por tanto, los médicos se ven más o menos obligados a disimular ese aspecto de su trabajo, de modo similar a como hace Sherlock Holmes para labrarse su reputación de detective genial. Como en el ejemplo que acabamos de dar, los médicos, con este fin, desconciertan, por así decirlo, al paciente, encubriendo deliberadamente el proceso de su razonamiento, haciendo que las preguntas parecen deducciones, comportándose como si hubieran llegado al diagnóstico a través de deducciones e inducciones, sin abducción previa, o fingiendo comprender nuestros sentimientos y nuestros pensamientos más íntimos sin la mediación de signos emitidos por el paciente.

La importancia de estas estrategias para la reputación de Holmes queda en evidencia en el siguiente pasaje donde el detective entrevista a un tal señor Jabez Wilson. Holmes anuncia su conclusión asombrosamente precisa sobre el entorno social y el estilo de vida del señor Wilson, a lo que éste «dio un brinco en la silla» y preguntó: «Pero, por el amor de Dios, ¿cómo ha podido saber todo esto, señor Holmes?»

— ¿Cómo sabe, por ejemplo, que he realizado trabajos manuales? Es tan cierto como el evangelio, pues comencé como carpintero naval.

— Sus manos, mi querido señor. La mano derecha es un poco más grande que la izquierda. Ha trabajado con ella, y los músculos están más desarrollados.

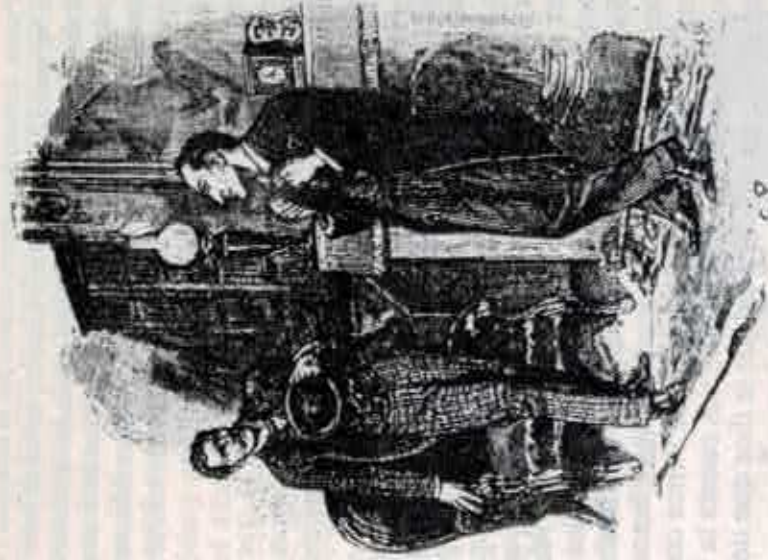


Fig. 12. Impresionar al cliente desde el principio, la estrategia favorita de Holmes. Aquí desbarata el incógnito del señor Grant Munro al leerle el nombre en el forro del sombrero. De «La cara amarillada». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, febrero de 1893.

- Bueño, y lo del rapé, entonces, y la francmasonería?
- No quiero ofender su inteligencia explicándole cómo he descubierto esto, especialmente si, contraviniendo las estrictas reglas de la orden a que pertenece, lleva usted un pasador de corbata con los signos de la escuadra y el compás.
- Ah, claro, me había olvidado. Pero, y lo de escribir?
- ¿Qué otra cosa puede indicar el lustre de cinco pulgadas de la muñeca derecha y el redondeo alisado del codo de la manga izquierda, donde el brazo se apoya en la mesa?
- Bien, y lo de China?
- El pez que lleva tatuado junto a la muñeca del brazo derecho

sólo puede haber sido hecho en China. He estudiado un poco eso de los tatuajes e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. El detalle de colorear las escamas del pez con un leve color rosado es característico de China. Si, además, veo colgar de la cadena de su reloj una moneda china la cosa se simplifica todavía más:

El señor Jabez Wilson se echó a reír, y dijo:

— ¡Jamás lo hubiera creído! Al principio me pareció que usted había hecho algo muy inteligente, pero ahora veo que, después de todo, no tiene ningún mérito especial.

— Comienzo a creer, Watson —dijo Holmes—, que cometo un error dando explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico*. ¿Sabe? Y si sigo siendo tan ingenuo, mi reputación, pobre y pequeña como es, sufrirá serios quebrantos. (REDF)

En otra ocasión, Holmes señala que «tengo exponerme demasiado dando tantas explicaciones... Los resultados sin las causas impresionan más» (STOC). De todos modos, Holmes no peca de excesiva candidez al decir a un cliente: «Temo decepcionarle si le doy una explicación, pero tengo por costumbre no ocultar mis métodos, ni a mi amigo Watson ni a nadie que muestre un interés inteligente en ellos» (REIG).²⁹

4. La Taumaturgia en la realidad y en la ficción

La confrontación del método de Charles Peirce, detectivo, con el de Sherlock Holmes, semiótico, que comenzó como un *jeu d'esprit*, acaba por arrojar una luz inesperada tanto sobre el personaje histórico como sobre el novelesco. Desde la perspectiva del gran lógico y erudito, la Ciencia de la Deducción y del Análisis de Holmes, expuesta en conjunto en su artículo «El libro de la vida» (STUD), donde «el autor pretendía sondear los más íntimos pensamientos de un hombre a través de una expresión momentánea, de la contracción de un músculo o de una mirada», parece muy alejada de la «infalible charlatanería» o «necedades» que Watson, al principio, pensaba que era. Las teorías que Holmes exponía en el artículo, que parecían a su Boswell «tan químicas, son, en realidad, extraordinariamente prácticas», y su proyectado libro de texto en un solo volumen sobre «todo el arte del detectivismo» (ABBE), al que pensaba «dedicar los años de la

vejez», suponen un fundamento contextual en la historia de las ideas, basado, en parte por lo que es o por lo que hubiera podido ser, en «una mezcla de imaginación y realidad» (THOR) y en la práctica juiciosa de la especulación como «uso científico de la imaginación» (HOUN).

Holmes fue un médico brillante del cuerpo social, una de cuyas enfermedades es el crimen. Habla de sus casos «con el aire de un patólogo que presenta un raro espécimen» (CREE). Holmes estaba complacido de que Watson hubiera decidido poner por escrito aquellos acontecimientos que daban lugar a la deducción y a la síntesis lógica. A la vez que afirmaba (STUD) que «la vida entera es una gran cadena cuya naturaleza conocemos cuando se nos muestra uno solo de sus eslabones», también mantenía que sus conclusiones de una a otra eran «tan infalibles como tantas proposiciones de Euclides. Resultaban estas conclusiones tan sorprendentes para el no iniciado, que mientras éste no llegase a conocer los procesos mediante los cuales había llegado a ellas, podía muy bien considerarlo un nigromante».

Peirce era, a su manera, un nigromante tan grande como Holmes, por eso nos fascinan sus escritos y los pormenores de su vida. Según el ponderado y fiel retrato que hace de él Charles Morris (1971:337), Peirce era «heredero de todo el análisis histórico y filosófico de los signos». Representa la cima más alta de la cordillera que empieza a elevarse en la antigua Grecia, con la semiótica clínica de Hipócrates, que Galeno desarrolla de forma más completa y explícita (Sebeok 1979: cap. 1), y sigue con el médico Locke, cuya *semiotiké* Peirce «sopesó con singular atención y consideración», y que seguramente proporcionó «otra especie de Lógica y Crítica, distinta de la que hemos conocido hasta ahora» (Locke 1973: 721).

Una cosa es proclamar —como hacemos— la continuidad y el efecto acumulativo de este panorama, que se extiende desde la arcaica diagnosis y prognosis médica hasta las formulaciones modernas de una doctrina de los signos por Peirce y más cercanos a nosotros, por virtuosos contemporáneos como el biólogo báltico Jacob von Uexküll (1864-1944) y el matemático francés René Thom (nacido en 1923). Pero otra cosa es documentarlo. La comprobación requerirá por lo me-

nos una generación más de esfuerzo concentrado por parte de equipos de especialistas bien preparados en la laberíntica historia de la ciencia del signo (cf. Peirce 1977), de la que hasta ahora sólo han delineado escuetamente el perfil los pocos exploradores suficientemente equipados para seguir las pistas reveladas por Peirce, hasta ahora el más osado de los pioneros, o de los descubridores, de esta gran aventura.

NOTAS

1. Los autores agradecen a Martin Gardner, Christian Kloessel, Edward C. Moore, Joseph Ransdell, David Savan y John Bennett Shaw sus útiles comentarios a una versión preliminar de este artículo. Nuestro agradecimiento especial a Max H. Fisch, otro detective magistral, por su generosa e inestimable ayuda en la localización de cartas y pasajes, en los manuscritos inéditos de Peirce, que se refieren a los temas discutidos aquí, y por habernos dado acceso a su colección infinitamente variada y fascinante de datos relacionados con Peirce. Los comentarios detallados de Fisch sobre el presente trabajo aparecen en *Sebeok* 1981:17-21.

2. Las referencias a los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce* (véase Peirce 1965-66) están abreviadas en la forma acostumbrada con el volumen y número de párrafo. Las referencias a los manuscritos de Peirce incluyen el número de catálogo de Robin 1967.

3. La relación completa que hizo Peirce de esa investigación, escrita en 1907, no fue publicada hasta 1929, en *The Hound and Hort*. En una carta a William James del 16 de julio de 1907, Peirce escribe que, siguiendo el consejo de James, había relatado la historia de la pérdida del reloj en un artículo que había enviado aquel mes de junio al *Atlantic Monthly* (véanse las noticias de Fisch 1964: 31, nota 28 sobre la correspondencia entre Peirce y otras personas acerca de ese artículo) y que el editor de la revista, Bliss Perry, había rechazado. Una versión muy condensada de la narración del hurto resumida en una nota a pie de página apareció en 7.36-48.

4. El notable aplomo de Peirce se expresa de manera encantadora en la carta que envió al superintendente C. P. Patterson de la Coast Survey el 24 de junio: «He de notificarle que llegué aquí el pasado sábado y que mi reloj, propiedad de la Survey, me fue robado... en el momento de mi llegada. En el acto comencé las pesquisas para recuperarlo y he tenido la satisfacción de conseguirlo esta tarde, y tengo fundadas esperanzas de capturar al ladrón mañana por la mañana antes de las siete.»

5. Al hablar del papel desempeñado en las formalidades legales del caso, Peirce continúa: «He mandado un mensaje al Fiscal del Distrito diciéndole que esperaba

que retuviera a los presos el mayor tiempo posible, con lo que no veo la utilidad de seguir insistiendo, para lo cual tendría que abandonar mi proyecto de ir a París.» En 1902, Peirce se expresaría con más energía sobre la cuestión del delito y su castigo: «Me indigna hasta tal punto que, si pudiera, aboliría casi todos los castigos a las personas adultas, y los juicios de aprobación o desaprobación los limitaría a los miembros del tribunal. Que la opinión pública apruebe o desapruuebe cuando esté mejor enterada. En cuanto a la fuerza pública, que se limite a hacer lo imprescindible para el bienestar de la sociedad. El castigo, el castigo severo, el bárbaro castigo de una celda, infinitamente más cruel que la muerte, no mejora en nada el bienestar público o privado. En cuanto a las clases criminales, yo las eliminaría, no por el bajísimo método propuesto por esos monstruos surgidos de la economía, sino manteniendo confinados a los criminales en un lujo relativo, convirtiéndoles en individuos útiles y previniendo la reproducción. Sería fácil que, de ser una fuente de gastos y de perpetuo perjuicio para la gente, pasaran a convertirse en autosuficientes e inofensivos guardianes del estado. El único gasto sería el de la pérdida de nuestra única venganza sobre ellos. En cuanto a los criminales esporádicos, estafadores, asesinos y similares, yo los deportaría a una isla y los dejaría que se gobernarán por sí solos y tratasen entre sí. En cuanto a las infracciones pequeñas, podrían mantenerse las penas pequeñas.» (2.164).

6. «La abducción, a fin de cuentas, no es otra cosa que intentar adivinar», escribió en otro sitio (7.219; cf. Ms. 692). Compárese con las observaciones explicativas de Chomsky (1979:71) en relación con la abducción, sobre «el filósofo con quien más afin [se siente]»: «Peirce arguyó que para explicar el desarrollo del conocimiento necesario asumir que 'la mente del hombre tiene una adaptación natural a imaginar teorías correctas de algunos tipos', cierto principio de 'abducción' que 'pone límites a las hipótesis admisibles', una especie de 'instinto', desarrollado en el transcurso de la evolución. Las ideas de Peirce sobre la abducción eran bastante vagas, y su sugerencia de que una estructura biológica determinada juega un papel fundamental en la selección de las hipótesis científicas parece haber tenido muy poca influencia. Por lo que yo sé, casi nadie ha intentado desarrollar ulteriormente estas ideas, aunque nociones similares han sido desarrolladas independientemente en diversas ocasiones. La influencia de Peirce ha sido enorme, pero no por esta razón en particular.» La monografía clásica sobre este aspecto negligido de la contribución de Peirce a la filosofía de la ciencia es la tesis muy breve, pero completa, de Fann (1970), escrita en 1963, una de cuyas peculiaridades es una alusión a Sherlock Holmes: los ejemplos de Fann tienen la finalidad de «demostrar que el método de la inferencia tiene mucho en común con el método de los detectives» (*ibid.*: 58). Véase además Walsh (1972).

7. Peirce afirma en otro lugar que la habilidad del polluelo recién salido del casillero para picotear comida, «escogiendo mientras picotea, y picoteando lo que se propone picotear», aunque «sin razonar, puesto que no es un acto deliberado», es, sin embargo, «en todos los respectos menos en este... exactamente igual a la inferencia abductiva», y pasa a derivar las ciencias físicas y sociales de los instintos animales para conseguir alimento y reproducirse, respectivamente (Ms. 692). La retroducción es un tipo de comportamiento instintivo cuyos dos ejemplos clásicos son la construcción de los petirrojos y la construcción de panales por las abejas. Peirce denotó el comportamiento aparentemente inteligente de los animales inferiores (*l'homme*

natural, que consideraba imprescindible para todo tipo de retroducción. (Sobre el concepto de «lumière naturelle», véase Ayim 1974: 43, nota 4.) Peirce hablaba de instinto racional, animal y vegetal; coincidimos con la opinión de Ayim (*ibid.*: 36) de que todos los niveles de actividad instintiva tienen «en común esta característica: la actividad provee a la supervivencia y al bienestar de la especie en conjunto al capacitar a los miembros de esa para reaccionar adecuadamente a las condiciones ambientales»; lo cual es también válido para el hombre como científico. Véase además la interesante observación de Norwood Russell Hanson (en Bernstein 1965:59) de que «A menudo la coetilla de los comentarios de Holmes, 'Simple deducción, mi querido Watson', se refiere a que el razonamiento en cuestión ha procedido de lo previamente aceptado a lo que debía de haberse previsto. Pero también el matemático y el científico razonan con frecuencia emperzando por el final de la página hacia arriba.» Esta es una de las cosas que Peirce identifica como «retroductivos. Procede desde una anomalía inesperada hacia un grupo de premisas, la mayor parte de las cuales han sido ya aceptadas. No hace falta señalar que, al contrario de lo que dice Hanson, Holmes jamás pronunció las palabras citadas; como tampoco dijo nunca aquello de «Elemental, mi querido Watson».

8. Para una exposición detallada del trabajo experimental en psicología de la percepción, dirigido por Peirce y Joseph Jastrow, que Peirce presenta como prueba en apoyo de su teoría de la adivinación, véase Peirce 1929 y 7.21-48.

9. En cuanto al método científico, la abducción es, según Peirce, «meramente preparatoria» (7.218). Los otros «tipos de razonamiento fundamentalmente diferentes de la ciencia son la deducción y la inducción (véase su desarrollo en 1.65-68, 2.96-97, 5.145, 7.97, 7.202-07). En resumen, el paso de adoptar una hipótesis o una proposición que conduzca a la predicción de los que aparentemente son hechos sorprendentes se denomina *abducción* (7.202). El paso mediante el cual se llega a las consecuencias experimentales necesarias y probables de nuestra hipótesis, se denomina *deducción* (7.023). *Inducción* es el nombre que Peirce da a las pruebas experimentales de la hipótesis (7.236).

10. Peirce también da a la abducción el nombre de «Argumento Originario», puesto que es, de las tres formas de razonamiento, la única que origina una idea nueva (296) y, de hecho: «Su única justificación es que si alguna vez llegamos a comprender las cosas lo hacemos necesariamente de esta manera» (5.145). Del mismo modo, «ni la deducción ni la inducción pueden añadir jamás el menor elemento a los datos de la percepción; y... las meras percepciones no constituyen un conocimiento aplicable a ningún uso práctico o teórico. Todo lo que hace utilizable el conocimiento nos llega siempre *via* abducción» (Ms. 692).

11. Que sepamos, no hay ninguna prueba directa de que Peirce leyera alguno de los relatos de Holmes, o de que conociera a Sir Arthur Conan Doyle. Es verosímil, sin embargo, que Peirce hubiera oído hablar por lo menos de las primeras historias de Sherlock Holmes. El primer relato que apareció en Estados Unidos, «Escudido en escarlata», fue publicado, en 1888, por Ward Lock, y, en 1890, apareció «El signo de los cuatro» en *Lippincott's Magazine*, la principal rival contemporánea de *Atlantic Monthly*; que sabemos que Peirce sí leía (véase nota 3). Además, ya en 1894, Conan Doyle estaba de moda en Estados Unidos, año en que el famoso

escritor pasó dos meses en ese país, donde dio una serie de conferencias y conoció a sus colegas norteamericanos (Nordon 1966:39-40). Peirce había crecido en contacto con escritores y artistas, así como también con hombres de ciencia. En una carta a Victoria, Lady Welby, del 31 de enero de 1908, escribió: «Pero mi padre era un hombre de amplias miras y también íntimamos con gente de letras. William Story el escritor, Logfellow, James Lowell, Charles Norton, Wendell Holmes, y de vez en cuando Emerson, están entre los personajes de mis recuerdos más tempranos» (Hardwick 1977:113). De adulto, parece que Peirce se mantuvo al corriente de las novedades en el mundo de las artes literarias, dado que menciona con frecuencia a escritores europeos y norteamericanos de su época en sus reseñas en *The Nation* (Kettner y Cook 1975). Edgar Allan Poe (1809-49), además, fue al parecer uno de los escritores favoritos de Peirce, y lo menciona en 1.251, 6.460, Ms. 689, Ms. 1539. A juzgar por sus referencias a «Los crimenes de la calle Morgue» de Poe, no cabe duda de que a Peirce le gustaban los relatos de detectives. Por supuesto, se reconoce en general que el personaje de Sherlock Holmes está inspirado en parte en el Chevalier Dupin de Poe (por ejemplo, Messac 1929:596-602, Nordon 1966:212 ss., Hall 1978: 76; véase más abajo). Hitchings (1946:117), en su artículo sobre Holmes como lógico, señala con acierto que «a diferencia de Dupin, que es el invento de un matemático y poeta, Sherlock Holmes, incluso en sus aspectos más teóricos, es fruto de la mente de un médico, y siempre tiene los pies firmemente plantados en el suelo». De todos modos, Hitchings está sobre una pista falsa cuando dice que «la mayor parte del razonamiento de Holmes es causal», citando una observación del propio detective, quien dice que «razonar de efecto a causa es menos frecuente y por consiguiente más difícil que razonar de causa a efecto» (*ibid.*: 115-16).

12. Watson señala que el conocimiento de Holmes de la «literatura sensacionalista [es] inmenso» (STUD). De hecho, Holmes tenía siempre al día un fichero de los casos criminales más insólitos e interesantes de todo el mundo, que consultaba con frecuencia al objeto de solucionar un caso nuevo por analogía con otros anteriores, como, por ejemplo, en INEV o en NOAT. «Puedo guiarme por los miles de casos similares que me vienen a la memoria», dice a Watson en AUBH. Peirce se refiere a la analogía como una combinación de abducción e inducción (por ejemplo, 1.65, 7.98).

13. «Es una vieja máxima mía», declara Holmes, «que una vez se ha excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que resulte, tiene que ser la verdad» (HUB; cf. SING, ALAN, AUBH). Véase la máxima de Peirce según la cual «Los hechos no pueden ser explicados por una hipótesis más extraordinaria que los propios hechos; y entre varias hipótesis hay que adoptar la menos extraordinaria» (Ms. 696). Véase Gardner 1976:125, quien describe el proceso de la manera siguiente: «Como el científico que trata de resolver un misterio de la naturaleza, Holmes en primer lugar recopila todas las pruebas posibles pertinentes a su problema. A veces realiza experimentos para obtener datos nuevos. Después examina la totalidad de las pruebas a la luz de sus vastos conocimientos del crimen, y/o de las ciencias vinculadas con el crimen, con el fin de llegar a la hipótesis más probable. De la hipótesis se sacan deducciones; después se verificaba de nuevo la teoría enfrentándola a nuevas evidencias; se revisaba, en caso de que fuera necesario, hasta que, por último, surgía la verdad con una probabilidad muy cercana a la certeza.»

14. Sebeok (1979, cap. 5) analiza las reflexiones que hace Peirce sobre la activación en el contexto de algunos juegos infantiles, por una parte, y de ciertas exhibiciones de ilusionismo, por otra. El Juego de las Veinte Preguntas es el equivalente verbal del Juego del Frio y Caliente, en el que las pistas verbales quedan reducidas al mínimo, como sucede en el afín Juego del Sí o No, tan vividamente descrito por Dickens (1843, Estrofa Tercera). Las pistas no verbales, proporcionadas de manera inconsciente, guían al ilusionista hacia el objeto buscado en ciertos tipos de funciones de magia, donde las pistas verbales quedan excluidas por completo. Esta comunicación no verbal, o *feedback*, explica también algunos fenómenos pretendidamente «ocultos», como el movimiento de la tabla de Ouija, el golpeo de la mesa espiritista y la escritura automática, y es la base de diversos tipos de sesiones mentales, conocidas en el ramo de la magia como «lectura de músculos» o «lectura del pensamiento». En actos de este tipo: «El espectador cree que está siendo guiado por el mago, pero en realidad el ejecutante permite que el *espectador lo guíe a él* a través de tensiones musculares inconscientes» (Gardner 1957:109; cf. idem 1978:392-96, donde se dan otras referencias). Los mejores magos del pensamiento son capaces de prescindir por completo del contacto físico, y encuentran lo que buscan sólo observando las reacciones de los espectadores de la sala; Sebeok (*ibid.*) cita como ejemplos de ello a Persi Diaconis y a un ilusionista que se hace llamar Kreskin. Estos casos se parecen de una manera asombrosa a la historia de Peirce (1929). Diaconis, además de ser uno de los magos actuales de mayor talento, se cuenta entre los principales expertos en el sofisticado campo del análisis estadístico de las estrategias conjeturales y del juego de azar, y en la aplicación de técnicas nuevas en la investigación parapsicológica (hasta ahora con resultados del todo negativos; véase Diaconis 1978:136). También cabe mencionar a ese respecto la observación de Scheglov (1976:63) acerca del aumento de la tensión y excitación a medida que el razonamiento lógico de Holmes gradualmente «repta por el ánimo del criminal y acaba alzando una punta del velo (el efecto es muy parecido al del juego infantil del Frio o Caliente, en el que la zona de búsqueda se restringe gradualmente y va siendo cada vez más caliente)». La lectura de músculos, que alcanzó su máxima popularidad en Estados Unidos, se convirtió también en un juego de salón conocido por «Willing».

15. A propósito, en dos historias de Holmes aparecen detectives de la Pinkerton National Detective Agency: Young Leverton, con un papel pequeño en *RECOC*, y Birdy Edwards, alias John («Jack») McMurdó, alias John («Jack») Douglas, que se sospecha fue arrojado por la borda en las proximidades de Santa Helena por la banda de Moriarty (al final de *VALLE*).

16. Sobre este pasaje, véase el comentario de Castañeda (1978:205), «los filósofos *in fieri* pueden sacar provecho de los diversos principios metodológicos que Sherlock Holmes formula e ilustra en sus diferentes aventuras».

17. Un paralelo interesante se halla en *Zadig* (Cap. 3) de Voltaire, donde la habilidad demostrada por Zadig para interpretar indicios lo lleva a ser detenido, procesado y multado.

18. Peirce admite que el mismo «en casi todo lo publicado [por él] antes de principios de siglo... mezcló más o menos Hipótesis e Inducción» (8.227), y atribuye esta confusión de los dos tipos de razonamiento a que los lógicos tuen «una con-

cepción demasiado estricta y formalista de la inferencia (como necesaria obtención de juicios formulados a partir de las premisas)» (2.228), véase también 5.390-604, Ms. 475, Ms. 1.146.

19. Cf. las observaciones de Holmet: «Ya le he explicado que lo que está fuera de lo común suele ser más una guía que un obstáculo» (STUD); «La singularidad es casi invariablemente una pista» (ROSC); «Cuanto más *outré* y grotesco sea un incidente, tanto más cuidadosamente merece ser examinado, y el propio detalle que parece complicar un caso es, una vez debidamente considerado y tratado de manera científica, el que más probabilidades tiene de elucidarlo» (HOUM); y «Sólo el caso incógnito, carente de hechos significativos, es un caso sin esperanza» (SHOS).

20. Además de su preparación médica especializada, Conan Doyle se vio implicado en el entusiasmo general por la ciencia que reinaba en la Inglaterra de su época. A mediados del siglo diecinueve, la ciencia se había convertido en una parte sustancial del pensamiento inglés a todos los niveles, y había en general «un tono dominante de racionalidad positivista» (Messac 1929:612; cf. Nordon 1966:244). El propio Conan Doyle cuenta que: «Hay que recordar que fueron los años en que Huxley, Lyndall, Darwin, Herbert Spencer y John Stuart Mill eran nuestros filósofos más importantes, y que incluso el hombre de la calle sentía la impetuosa corriente arrebatadora de su pensamiento...» (1924:26). Huchings (1946:115) compara explícitamente la lógica de Holmes con la de Mill: «El método habitual [de Holmes] de resolver esos difíciles problemas es una versión personal y ampliada del Método de los Residuos de Mill.»

21. Como recientemente confirmó Gould (1978:504): «En una profesión que confiere posición social y poder a cambio de descubrimientos claros e inequívocos, el fraude, la adulteración y la manipulación [de datos] de manera inconsciente o vagamente percibida son desenfrenados, endémicos e inevitables.» En pocas palabras, esa manipulación de los datos puede que sea una norma científica. Cf. Gardner 1981:130.

22. Al repasar el gran número de diagnósticos médicos en los relatos de Holmes (enfermedades cardíacas y enfermedades tropicales especialmente), Campbell (1935:17), cardiólogo, concluye que, desde el punto de vista médico, «Watson parece estar excelentemente informado». Es interesante observar que, mientras Watson utiliza con éxito el método lógico de diagnosis con respecto a la patología del cuerpo, es singularmente inepto cuando trata de transferir ese método a la indagación criminal, por lo que resulta un ejemplo de alguien versado sólo de manera incompleta en *forensic docency* (véase más adelante).

23. En cuanto al lado artístico de la medicina, Messac señala con acierto que Conan Doyle seguía a Bell en lo que respecta a la diagnosis ampliada a toda la personalidad y vida del paciente, «en la opinión de que la diagnosis «n'a jamais une valeur absolue; il comporte des flottements, des erreurs». La investigación criminal, como la medicina, es una suerte de «pseudo-ciencia» (1929:617). Según Thonias (1983:32), hacia el año 1937 «la medicina comenzó a transformarse en una tecnología basada en auténtica ciencia».

24. Holmes, igual que Peirce, estaba más interesado en su método que en la cuestión particular a que era aplicado. El y Watson, por ejemplo, discuten acerca del modo en que éste había descrito los casos de aquél, y Holmes critica a Watson diciendo: «Quizás usted se equivocó al tratar de dar colorido y vida a cada una de sus exposiciones, en vez de limitarse a la tarea de dejar constancia del severo razonar de causa a efecto, que es en realidad la única característica notable del asunto.» Cuando, en respuesta, Watson insinúa que la crítica de Holmes se basa en el egoísmo, Holmes replica: «No, no se trata de egoísmo o de presunción. — Si exijo pleno reconocimiento para mi arte, es por ser éste una cosa impersonal, algo que está más allá de mí mismo. El crimen es cosa común. La lógica es cosa rara. Por lo tanto, usted debería hacer hincapié en la lógica más bien que en el crimen. Usted ha degradado lo que debería haber sido un curso de conferencias hasta reducirlo a una serie de cuentos» (COOP).

25. Al describir los conocimientos de Holmes en diversos campos, Watson sólo califica de «profundo» uno de ellos: la química (STUP). Sobre Holmes como «químico frustrado», véase Cooper 1976.

26. La familia de Peirce había demostrado, a lo largo de generaciones, interés por el teatro y la ópera, hasta el punto de invitar actores a su casa. Se cuenta que Peirce, todavía un muchacho, ya se distinguía por sus habilidades oratorias, ya fue leyendo obras como «El cuervo» de Poe o como miembro del grupo de debates de su escuela. (Comunicación personal de Max H. Fisch.) De estudiante en Harvard, Peirce siguió cultivando su interés por la declamación, la retórica y la representación teatral. Durante el primer año, se hizo miembro de la W.T.K. (West Tbhang Koun, en chino «sala de ejercicios literarios»), que se especializaba en debates, discursos, procesos en broma, así como en la lectura de ensayos, poemas y comedias. Más tarde, en 1858, fue uno de los miembros fundadores de la O.K. Society del Harvard College, que se dedicaba a las artes retórica y oratoria aplicadas al campo literario. (Comunicación personal de Christian Kloesel; véase también Kloesel 1979 sobre Peirce y la O.K. Society en particular.) De adulto, se sabe que Peirce realizó lecturas del *King Lear* de Shakespeare entre amigos, en casa de su hermano mayor «Jem», en Cambridge, y ante los miembros del Century Club de Nueva York. En París, Peirce frecuentaba el teatro y la ópera, y su segunda esposa, Juliette, era actriz. El y Juliette permanecieron en conjunto con sus amigos del teatro, entre los que se contaban Steele y Mary MacKaye, e incluso ocasionalmente participaron en representaciones de aficionados como en la *Medea* de Legouvé, traducida al inglés por el propio Peirce. (Comunicación personal de Max H. Fisch.)

27. En la práctica clínica, las artimañas rituales constituyen el ingrediente esencial del efecto de placebo, y se comentan con mayor detalle en Sebeok 1979, capítulos 5 y 10. El placebo se considera eficaz porque así lo cree el paciente, convicción fomentada conscientemente por el médico y sus ayudantes, así como por el contexto en que se administra. Para una descripción sencilla y fidedigna, realizada por un cirujano, sobre los efectos obrados por ciertos «curanderos» y sobre el poder de la sugestión, incluída a veces la hipnosis, véase Nolen 1974. Algunos psicólogos, como Scheibe (1978:872-75) utilizan la palabra «acumen» para significar el modo de predicción presentado por Holmes, que constituye «una acentuada habilidad combinada con precisión analítica». Scheibe observa: «Cuando uno se cree en desven-

taja frente a los terribles, pero perfectamente controlados, poderes de observación e inferencia del... detective... uno automáticamente se rinde ante la superioridad y no le queda ninguna esperanza de dominar los acontecimientos. — En la medida en que la gente en general cree que el detective posee un poder especial de penetración, aumentarán los poderes de acumen de este profesional. De igual manera que en la medida en que un jugador es capaz de aprovecharse de la ingenuidad o credulidad de su contrincante acerca de la inocencia de sus intenciones, ese contrincante queda a merced del primer jugador. Ese es el principio básico del timo.» Véase además Scheibe 1979.

28. Hall (1978:38) señala que los experimentos químicos de Holmes «aumentaban la confusión de Watson» (cf. Nordan 1966:222).

29. Un truco parecido es el que utiliza el autor de historias policíacas con sus lectores, por supuesto. Conan Doyle lo reconoció tanto indirectamente, a través del personaje de Sherlock Holmes, como directamente en su autobiografía. Holmes, por ejemplo, dice a Watson: «Es uno de esos casos en los que el razonador puede producir un efecto que a su «cino le parece extraordinario, porque a éste se le ha escapado el pequeño y único detalle que constituye la base de la deducción. Lo mismo puede decirse, querido compañero, del efecto de algunas de esas historietas sueltas, que es por completo falaz, dependiendo como depende del hecho de que usted retiene en sus propias mentes algunos factores del problema, que nunca se ponen a disposición del lector» (CASO). En su autobiografía, Conan Doyle (1924:101), al discutir la composición de un relato policíaco dice que: «La primera cosa es tener una idea. Una vez en posesión de esa clave, la siguiente tarea es esconderla y poner todo el énfasis en las cosas que puedan llevar a una explicación diferente.» El propio Holmes disfrutaba engañando a los detectives oficiales, a quienes señalaba deliberadamente pistas sin indicar su significación (BOSC, CARD, SIGN, SILV).